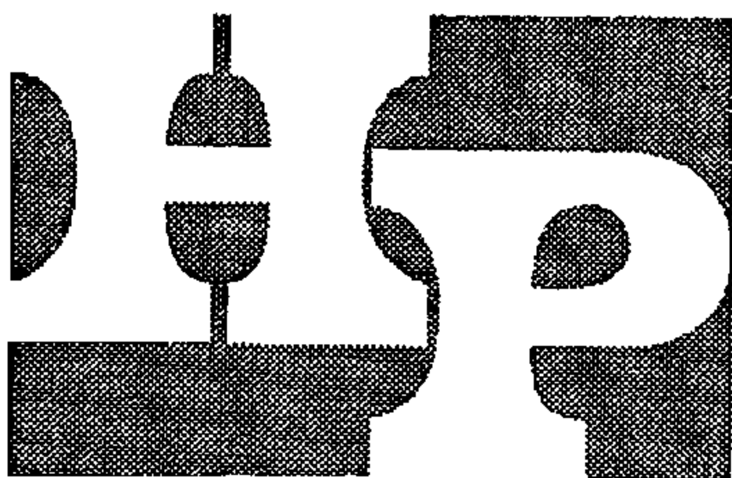


Silver Kane

BUSCADOR DE AVENTURAS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

BUSCADOR DE AVENTURAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 297
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 29898-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: septiembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Clark Jerome, dueño del rancho que llevaba su nombre, palmeó una de las piernas de Bob, que ya había montado a caballo, y preguntó:

—¿Cuándo vas a sentar la cabeza, muchacho?

Bob lanzó una alegre carcajada.

Era la imagen misma del optimismo y de la juventud, montado en aquel magnífico corcel y con sólo veintitrés años a la espalda. Tenía, además, salud, fuerza. Había derribado, en peleas para entrenamiento, a todos los demás hombres del rancho y llevando en el bolsillo, la paga de seis meses de trabajo.

—Soy muy joven para pensar en cosas serias, patrón —rió—. Lo único que quiero ahora es conocer nuevas tierras y nuevos ambientes.

Jerome se pasó una mano por los ojos.

—Las tierras son siempre iguales y los ambientes son siempre los mismos, muchacho. Verás que la gente quiere las mismas cosas en todos los sitios adonde vayas. Para encontrar eso, más vale quedarse en el sitio donde uno está.

—No predique lo que no siente, patrón. Usted no nació precisamente aquí. Usted corrió aventuras.

—Aquéllos eran otros tiempos.

—Siempre se dice lo mismo. ¿Quiere algo para Carson City?

—¿Por qué te vas tan lejos? Aquí tenías un buen empleo y todos te apreciábamos…

Los sonrientes ojos de Bob se ensombrecieron un momento, como si, en efecto, aquello fuese lo único que le doliera perder.

—Volveré a verles, patrón —dijo—. Le prometo volver cuando me haya hecho rico, y entonces daremos aquí una gran fiesta.

—Eso será si no te matan antes, muchacho.

—Usted siempre tan optimista, ¿eh, patrón?

Bob le estrechó con fuerza la mano, hizo un saludo a todos sus antiguos compañeros, que le despedían desde las dependencias del rancho y picó espuelas para alejarse de allí.

Pronto, caballo y jinete, no fueron más que un punto borroso en la lejanía.

Unas millas más allá, todas las tierras que se extendían ante sus ojos, ya le eran desconocidas. Y eso, especialmente, cautivaba a Bob: ver cada día nuevos ambientes, conocer a nuevas personas.

Su propósito era llegar hasta Carson City y establecerse allí una temporada, trabajando en cualquier cosa. Le habían dicho que trabajo era lo que sobraba en la turbulenta ciudad.

Luego aún seguiría más al Oeste, y si las cosas iban bien llegaría a ver el mar que había al otro lado de las Rocosas, el océano Pacífico. Ese mar, que, sin duda, era como los otros, pero que para Bob resultaba legendario y le había hecho soñar en muchas ocasiones. Desde allí salían los grandes paquebotes que iban a las islas de la Sonda, a Singapur… ¡hasta la remota China! Bob, que siempre había trabajado en ranchos, pensaba que no sería difícil, de todos modos, enrolarse como marino en uno de aquellos buques y llegar a conocer lejanos países de los que siempre se hablaba como si estuviesen envueltos en un halo de leyenda.

Ésos eran sus planes. Pero el destino había decidido cambiárselos por completo.

Bob se quedaría en el Oeste de Estados Unidos, y por mucho más tiempo de lo que él esperaba.

Todo empezó con aquel grito de mujer. Aquel grito de horror sonando en la lejanía.

* * *

Había caído ya la noche cuando empezó todo aquello, pero aún se veía con cierta claridad a poca distancia, debido a los reflejos del sol en las montañas de piedra caliza.

Bob identificó inmediatamente la dirección en que acababa de sonar el grito.

Espoleó a su montura y la dirigió a toda velocidad hacia allí, mientras sacaba el revólver.

A Bob no le importaba disparar cuando creía hacerlo por una

causa justa.

Dobló una larga roca y vio entonces a la mujer.

Se hallaba tendida en tierra. Sus ropas estaban hechas jirones.

Debía haber sufrido una terrible crisis nerviosa, porque se revolvía en el suelo espasmódicamente.

Pero no se veía a nadie más. Al parecer, estaba sola.

Bob oteó el horizonte, pensando que quizás alguien se había ocultado para recibirle a tiros en cuanto se acercase más. Pero no se advertía la presencia de ningún otro ser humano.

Se detuvo junto a la mujer y la contempló durante algunos segundos antes de ayudarla.

Era la clase de hembra capaz de volver loco a un hombre joven y lleno de vida como Bob. Resultaba algo mayor que él, pues debía tener veinticinco o veintiséis años. Le pareció maravillosamente torneada y de formas opulentas. Iba vestida con ropas elegantes, o que al menos lo habían sido. Ahora estaban desgarradas por todas partes, como si alguien hubiera intentado desnudarla a la fuerza. Ciertas intimidades que una mujer no muestra con facilidad, se mostraban ahora claramente ante los asombrados ojos de Bob.

Éste, en el primer momento, no supo qué hacer.

La mujer parecía presa de un ataque de nervios tan agudo que uno se preguntaba si no sería mejor esperar a que se tranquilizara.

Pero ella lo vio cuando Bob estaba indeciso. Lanzó otro agudo y angustioso grito.

—Nooo… —gimoteó—. ¡No, miserable!…

Bob comprendió que ella le confundía con el hombre que había tratado de ultrajarla. O que quizá pensaba que él había llegado hasta allí con el mismo propósito.

Hizo un gesto para tranquilizarla, mientras desmontaba del caballo.

—Por favor… No quiero hacerle ningún daño. Confíe en mí.

Ella se cubrió apresuradamente con lo poco que sus ropas permitían.

Le miró con ojos desencajados.

—¿Quién es usted?

—Un viajero. La he oído gritar…

Ella hundió la cabeza, mientras sollozaba espasmódicamente.

Durante unos minutos no se oyó otra cosa que los sollozos

entrecortados de la mujer. Bob estaba confuso, sin saber qué partido tomar. Si bien se había peleado con muchos hombres tenía, en cambio, escasa experiencia en materia de mujeres. Al fin comprendió que debía tomar una decisión y se puso en movimiento.

Lo primero que hizo fue descolgar la cantimplora con ron que llevaba en la silla. La acercó a los labios de la mujer y la obligó a beber un trago.

Ella tosió un buen rato, pero al fin se fue rehaciendo. Al parecer, lo que más contribuyó a animarla fue el darse cuenta de que el desconocido no abrigaba hacia ella ninguna intención hostil.

Su respiración se hizo más regular y acompasada. Se atrevió a mirar a Bob.

—Deme… deme algo para cubrirme —pidió.

Él se desprendió de la americana de piel que llevaba puesta y ocultó con ella la parte superior de las piernas de la mujer. Al instante pareció sentirse mucho más tranquila.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Me llamo Bob.

—Ha sido… ha sido horrible.

—¿Puedo saber qué ha ocurrido? Claro que… no hace falta que me dé muchas explicaciones. Ya adivino la escena.

—Se lo agradezco… Prefiero no hablar de lo ocurrido.

Bob apretó los labios.

Quizás ella no quisiera hablar, pero él deseaba que le hablase. No iba a dejar el asunto así. El tipo que había hecho aquello tenía que pagarlo.

Y a buen precio.

—¿Cómo se llama usted? —musitó, para ir bordeando la cuestión hasta que la mujer hablase.

—Laura.

—¿Dónde vive?

—No lejos de aquí, en Richfield.

Richfield es una importante ciudad del estado de Utah, en el que Bob se encontraba ahora. Siguiendo hacia el Oeste, sabía que se encontraría Nevada. Y más allá California y el mar, su sueño dorado. Pero, por lo visto, iba a tener que quedarse en Utah más tiempo del que calculaba.

—¿Qué hace usted allí?

—Pues… soy… una mujer como las otras.

—¿Casada?

Ella desvió un momento la mirada, como si le diese vergüenza confesarlo.

—Casada. Sí.

—¿Con quién?

—Con… con Clark Malone.

Todo el cuerpo de Bob fue recorrido por un estremecimiento. Sintió como si le hubieran dado un golpe entre los ojos.

CAPÍTULO II

—¿Clark Malone? —farfulló.

—¿Lo conoce?

—¿Y quién no?

—Ya sé que tiene mala fama —farfulló Laura.

—Bueno… decir mala fama es decir poco.

—La gente lo considera un asesino profesional.

Bob dijo en voz baja:

—No quisiera ofenderla, señora, pero así es.

—No crea que no conozco la realidad… —musitó Laura—. Si, ya sé lo que Clark ha hecho durante toda su vida, aunque conmigo haya sido bueno. Por eso, precisamente, hemos vivido separados los últimos años.

—Lo comprendo. ¿Otro poco de ron?

—Gracias.

Ella bebió otro sorbo. Esta vez no se atragantó.

Poco a poco, se iba reponiendo.

—¿Puedo saber, al menos, quién ha sido? —musitó Bob.

—¿Para qué? Mejor será que olvide lo que ha visto.

—Ese canalla… quien sea… ¿Ha conseguido su propósito?

Ella desvió la mirada, mientras sus facciones enrojecían.

—Sí.

—¿Quién es?

—¡Le digo que lo olvide! ¡Por favor! ¡Siga su camino!

—Siempre he tenido la mala costumbre de meterme en líos —susurró Bob—, pese a lo cual, he conseguido llegar a la respetable edad de veintitrés años.

—Yo soy mayor que usted. Hágame caso.

—¿Pretende hacerse pasar por mi mamaíta o algo parecido?

—Yo tengo veintiséis años.

—Razón de más para que alguien se preocupe por usted.

Ella alzó la cabeza y le miró. Sus ojos eran inmensos, profundos.

Poseía una rara belleza, un atractivo primario, provocativo y sensual, aunque seguramente hacía toda clase de esfuerzos para parecer de otro modo.

—Prométame que no buscará a ese hombre —susurró al fin.

—No, no lo buscaré. Pero no respondo de lo que ocurra si nos tropezamos.

—Se llama… se llama Gordon.

Bob entrecerró los ojos.

—Gordon… —dijo en voz baja—. Suena bien… Excelente nombre para adornar una tumba.

CAPÍTULO III

La ciudad de Richfield era entonces una comunidad dominada aún por la ley de la frontera. Aunque situada casi en el centro de Utah, el país de los mormones, casi toda la gentecita que iba a Nevada pasaba por allí. Y aquella «gentecita» estaba formada por salteadores, asesinos, aventureros, ladrones y, de vez en cuando, un hombre honrado que no tardaba en adornar con su tumba el borde de un camino.

Eso hacía que las leyes aplicadas en la ciudad fueran a veces salvajemente severas. Horca por robar un caballo, horca por robar más de cien dólares, horca por perturbar gravemente el orden y causar destrozos. Ni que decir tiene que la cuerda era también la «medicina» que se aplicaba para los delitos más graves y repugnantes como, por ejemplo, asesinar por la espalda o ultrajar a una mujer.

Bob que llevaba a Laura todavía cubierta con su chaqueta, a la grupa de su caballo, susurró volviendo levemente la cabeza:

—Tiene el aspecto de ser una ciudad muy rica.

—Y lo es. Las transacciones comerciales son más importantes aquí que en Salt Lake o en la propia Carson City.

—¿Cómo podríamos llegar a tu casa sin que nadie te viese?

—Es sencillo. Yo vivo en aquel edificio gris. Se puede entrar por la parte trasera, que da al campo.

—¿Vives sola?

—Prácticamente, sí.

Bob la acompañó hasta la puertecilla posterior del edificio que Laura le había indicado.

Allí la ayudó a apearse.

La sensación de soledad y de silencio era absoluta allí.

La casa era rica. Debía ser una de las mejores de la ciudad.

—No te he preguntado nada más —susurró Bob—, para no herir tus sentimientos. Pero me gustaría conocer más cosas sobre ese tal Gordon y las relaciones que te unen a él.

—Me has prometido que no lo buscarías.

—Es verdad —susurró Bob—. De todos modos, espero que no tengas inconveniente si procuro verte alguna otra vez.

—¿No me has dicho que eras un viajero?

—Sí. Pero los viajeros también se detienen de vez en cuando. ¿No es cierto?

—¿Adónde ibas?

—De momento a Carson City.

—Más vale que sigas, Bob.

—¿Tan peligroso es ese Gordon?

—Lo son él… y mi marido.

Bob desvió la mirada. Sí, efectivamente no resultaba tranquilizador saber que ella era la esposa de un tipo como Clark Malone, a quien también llamaban «Terremoto» por la cantidad de víctimas que había causado ya.

—Yo no tengo que enfadarme con tu marido —musitó el joven al fin—. Al contrario, lo que he pretendido es ayudarte.

—Sí, pero reconocerás que la situación es confusa y él puede interpretarla de muchas maneras.

Bob sonrió.

—Me gustan las situaciones confusas —dijo—. Pero no temas porque no te pondré en ningún compromiso. Y ahora, adiós.

Le estrechó la mano. Ella correspondió sin fuerzas.

Parecía muy abatida, muy destrozada después de lo que acababa de suceder.

Bob comprendió que era mejor dejarla sola.

Una vez ella hubo entrado en la casa, el joven montó en su caballo y penetró con él por el centro de la ciudad. Richfield, por lo que vio, era un lugar agradable. Él había pensado llegar cuanto antes a Carson City, pero se dijo que un alto en aquel lugar tampoco estaría mal del todo.

Además, la situación le intrigaba.

De modo que buscó un hotel, dejó su caballo en la cuadra y se dispuso a descansar.

Pero la verdad fue que durmió mal. Tuvo una serie de sueños que en modo alguno hubiera querido tener.

CAPÍTULO IV

El hecho de que Laura fuese una mujer casada, y además ultrajada por un tipo llamado Gordon, le impedía pensar en ella como tal mujer. Honradamente, Bob se resistía a recordar sus turbadoras curvas y lo que ella, muy en contra de su voluntad, le había enseñado de su cuerpo. Para él, Laura era una mujer que, precisamente a causa de su desgracia, debía ser respetada.

O sea que Bob no pensó en ella mientras estuvo despierto, pero no pudo evitar los sueños.

Durante ellos, vio a Laura más sugestiva que nunca, imaginó cómo sería su cariño, cómo serían sus besos.

El caso fue que Bob, a la mañana siguiente, sentía un tremendo dolor de cabeza.

Pero estaba más decidido que nunca a quedarse en Richfield.

Se aseó, se afeitó y bajó a la calle.

Entró en un *saloon* a desayunar.

Por las noches, Richfield debía ser una ciudad de cuidado, pero a aquella hora de la mañana resultaba una villa agradable y tranquila.

Mientras Bob desayunaba, el camarero le preguntó rutinariamente:

—¿Va de paso?

—No sé… Puede que me establezca en Richfield.

—¿Qué oficio tiene?

—Siempre he trabajado en ranchos.

—En ese caso las perspectivas no son buenas por aquí. La ciudad vive principalmente de la gente que pasa por ella y del comercio.

—Es que… quizás alguien me ayude. Traigo una carta de recomendación para un tal Gordon.

—¿Gordon Solt?

—No sé su nombre completo.

—Si es el que yo creo, poco podrá ayudarle. Nunca ha tenido ranchos, sino negocios dentro de la ciudad. Entre otras cosas, es el dueño de este hotel.

—¡Ah! Va… ¡vaya!

—De todos modos no es fácil que lo encuentre en seguida. Ayer salió de viaje y aún no ha regresado.

Bob movió la cabeza significativamente.

—De viaje, ¿eh?

—Sí, eso dije. Tiene que salir con bastante frecuencia, porque sus negocios no están sólo en Richfield.

—Lamento no poder encontrarle. De todos modos, supongo que no tardará en estar de vuelta.

—Es de suponer que no. Un par de días como máximo. ¿Le urge mucho el empleo?

—No, no… Puedo esperar lo que haga falta. Estuve trabajando en un rancho hasta anteayer, y tengo unos ahorros. Por cierto, quisiera depositarlos en el Banco.

—A poca distancia de aquí tiene el más importante de la comarca. Lo reconocerá en seguida por su cartel negro. Se llama el *National Utah Bank.*

—Gracias, iré en seguida. Hasta pronto.

—Suerte, amigo.

Bob salió a la calle. Hacía un magnífico día, y eso le reafirmó en su deseo de quedarse en la ciudad. Claro que hacerlo era peligroso, y más le hubiera valido seguir su camino.

Pero ¿no había venido a buscar aventuras y a conocer gentes nuevas?

Pues… ¡allí tenía una aventura! Y en cuanto a gentes nuevas, Laura era de esas que uno está deseando conocer durante toda su vida.

Vio fácilmente el rótulo del Banco. El edificio, sobrio y bien construido, daba una gran sensación de solvencia y seriedad.

Penetró en él y se acercó a la ventanilla.

—Desearía abrir una cuenta.

—Oh, con mucho gusto. ¿Quiere pasar a aquel despacho?

—¿No atiende a los clientes usted?

—Desde luego, pero las cuentas nuevas se abren siempre en Dirección, tenga la bondad.

—Con mucho gusto.

Ante Bob se abrió una puerta marrón donde una placa dorada decía:

«CONTROL OFFICE. PRIVATE».

El despacho era lujoso, moderno y con mucha luz. Daba una gran sensación de riqueza.

Pero Bob no se fijó en los cien detalles que hablaban de la prosperidad del Banco, sino en la persona que se hallaba tras la mesa.

En contra de lo que él había esperado, se trataba de una mujer.

No una mujer cualquiera, sino una auténtica princesa. Y, además, increíblemente joven.

Seguro que no tenía más de dieciocho años.

Iba vestida con un severo dos piezas blanco, y por debajo de la mesa sólo se veían los tobillos y el nacimiento de las pantorrillas, pero por lo que Bob pudo adivinar, las piernas eran como para subirse por las paredes.

Distintas de las de Laura. Aquélla era más mujer, tenía más curvas y resultaba más llenita.

Ésta, en cambio, era una falsa delgada. Tenía tantas curvas como la otra, pero lo disimulaba. Su maravillosa juventud, su esbeltez y la práctica de algún deporte, hacían que aquella muchacha pareciese más delgada de lo que era en realidad. Bob, que a decir verdad no entendía demasiado de mujeres, se juró a sí mismo arrancarse la cabellera estilo indio si veía otra mejor. Porque estaba seguro de que no iba a tropezar con otra que la superase en toda su vida.

La voz femenina pareció llegar desde muy lejos.

—¿Por qué se está ahí parado? ¿No entra?

A Bob por poco se le cae el sombrero al suelo.

—Tiene razón… Perdone. ¿Puedo pasar?

—Naturalmente.

—Es que, ¿sabe?, no esperaba encontrar una mujer en este despacho.

—Pues no debe extrañarse. Todo el mundo sabe en la ciudad

que soy la propietaria del Banco. Mucho gusto, señor…

—Bob Donovan. Para mis amigos, solamente Bob.

—Un Banco no tiene amigos, señor Donovan.

—Claro, es verdad… Olvidaba lo serios que son estos asuntos.

—¿Viene a abrir una cuenta?

—Por supuesto que sí… Una cuenta muy modestita, desde luego.

—¿Cuánto?

—Mil dólares. Le… le parece poco, ¿verdad?

Ella arrugó el ceño, pero supo disimular muy bien lo miserable que aquella cantidad le parecía.

—Depende de los propósitos que usted tenga, señor Donovan. Si piensa abrir algún negocio aquí, desde luego es muy poca cosa.

—No, no pienso abrir ningún negocio. Dios me libre… Yo no sirvo para ganar dinero, pero pienso quedarme algún tiempo en esta ciudad y mientras tanto prefiero no llevar mis pequeños ahorros encima.

Ella arrugó el ceño otra vez. Lo que interesaba al Banco eran las cuentas estables, no las que iban a permanecer en sus arcas sólo durante un par de meses.

—De acuerdo, señor Donovan. Llene esta hoja, por favor, y abriremos su cuenta. ¿Busca trabajo?

—Sí —dijo él, mientras escribía—, pero me han asegurado que no es buena ciudad.

—En efecto, si conoce a poca gente, éste es un lugar difícil para encontrar trabajo. Porque supongo que usted será *cowboy*.

—¿En qué lo nota?

Ella sonrió. Cuando se olvidaba de que era la propietaria de un Banco y se comportaba como una chica de su edad, su rostro cambiaba completamente. Ahora Bob quedó como maravillado ante aquella sonrisa.

—Lo noto en que llevar el revólver de un modo especial. Se ve que está acostumbrado a usarlo. Y sus manos están encallecidos de tanto manejar el lazo.

—Pues… es usted muy observadora. Acertó.

—Aquí hay pocos ranchos. Por eso le he dicho que le sería difícil encontrar quien le contratase.

—De todos modos aquí conozco a alguien; alguien que tal vez me pueda ayudar.

—¿Quién?

—Un tal Gordon Solt.

Bob observó a la muchacha al pronunciar aquel nombre. Vio que sus facciones se ensombrecían por completo.

—¿Quizá le conoce usted también? —susurró al cabo de unos segundos—. ¿No tiene buen concepto de él, señorita?

—Gordon es un buen cliente del Banco. No puedo decirle nada más acerca de él, señor Donovan. Y ahora veamos qué es lo que ha escrito.

La muchacha, que parecía decidida a no proseguir la conversación, revisó la hoja, la encontró conforme y tendió al joven un talonario de cheques.

—¿Conoce su uso, verdad?

—Sí, desde luego.

—Cuando necesite retirar cantidades, no tiene más que anotar la cifra en el cheque, poner la fecha y firmar. Y ahora adiós, señor Donovan. Ha sido un placer conocerle.

Le tendió la mano fríamente, sin mirarle siquiera.

Al parecer, aquella chica, con toda su juventud y toda su belleza, estaba solo pendiente del dinero. A Bob le fastidió aquella seriedad puramente comercial de que ella hacía gala. Estaba acostumbrado a que las mujeres fuesen de otro modo; más espontáneas, más sencillas…

—¿No tiene novio? —preguntó de repente.

Ella le miró con expresión de desafío.

—¿A usted qué le importa?

—Me había parecido natural que lo tuviese.

—Ése, en todo caso, sería asunto mío.

—Bueno, ya veo que no lo tiene.

—¿Por qué supone eso?

—Porque estarían todo el día hablando de cuentas corrientes, y eso no hay quien lo resista. Bueno, nena, voy a ver si encuentro una bailarina que ría mejor que usted. *Abur*.

Salió, mientras ella decía con voz enérgica:

—¡Insolente!

Se dirigió a la primera ventanilla, cuyo empleado le hacía señas.

—Debe depositar aquí el dinero de la cuenta, amigo.

—Tome, son mil dólares.

—Le haré un recibo.

El joven tomó el papel, lo introdujo en uno de sus bolsillos y salió.

Su primera intención fue ir a casa de Laura.

Quizás a ella no le gustase su visita, pero Bob tenía cien pretextos para verla. Y en realidad deseaba saber cómo había reaccionado, después de la terrible prueba de la noche anterior.

Se dirigió, pues, al hermoso edificio de color gris, cuya fachada estaba en uno de los sectores más ricos de la calle principal.

Iba ya a subir al porche cuando una voz le detuvo:

—¿Adónde va, amigo?

Bob se detuvo y se volvió poco a poco, pero no hizo ningún gesto de defensa porque no sabía aún qué querían de él.

El individuo que le había hablado estaba a su derecha, pero al girarse Bob, los dos hombres quedaron frente a frente. Era un tipo joven; no llegaría a los treinta años.

Iba armado con un «Colt» y tenía la derecha muy cerca de la culata.

La vida de Bob no había sido precisamente un camino de rosas, y en el rancho había tenido que tratar a mucha gentuza, de modo que sabía clasificar a un pistolero al primer golpe de vista. Y éste lo era, sin duda alguna. Sus intenciones de buscar camorra estaban, además, perfectamente claras.

Lo único que Bob no entendía era por qué aquel tipo buscaba la camorra precisamente con él.

—¿Qué quieres? —murmuró.

—Hemos de hablar, amigo.

—¿De qué?

—De un asunto privado.

—Pues me extraña, porque creo que no nos hemos visto nunca.

—Usted no me ha visto a mí; yo a usted sí.

—¡Vaya! Pues tanto gusto…

El otro se inclinó ligerísimamente hacia el frente.

—¿Puede decirme adonde iba?

—No creo que eso le importe a nadie.

—Yo se lo diré; iba a ver a Laura.

Bob parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo sabe que la conozco?

—Acabo de decirle que le vi.

—¿Quizá cuando regresaba con ella?

—Exacto, amigo; lo ha adivinado. Estaba todo muy oscuro y usted creía que no había nadie, pero yo vigilaba la casa. Y vi que llegaban juntos a aquellas horas.

—En todo caso, no creo que eso le importe a nadie. Solamente a Laura y a mí.

—Ahora se equivoca. A mí también me importa.

Bob arqueó levemente una ceja.

—Usted no será Gordon, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Qué va!

—Pues dígame qué busca.

—Laura me interesa; eso es todo.

—Por lo visto, ella interesa a mucha gente.

—¿A usted también… amigo?

El gesto de Bob fue suave, tranquilo. Diríase que todo aquello empezaba a divertirle.

—¿Sabe que es una mujer casada? —preguntó.

El otro lanzó una carcajada.

—Sí, pero su marido no puede vigilarla.

—Creí que en esta ciudad había más moral —gruñó Bob.

—La moral nos la hacemos a nuestro gusto. Y ahora voy a formularle dos proposiciones, amigo.

—Estupendo. A ver, empiece.

—Primera proposición: Lárguese de la ciudad antes de diez minutos.

—Supongamos que no me interesa.

—En ese caso vamos con la segunda proposición: Va a tener que demostrar ahora mismo que sabe manejar el revólver.

—¿Está seguro de que no se equivoca? ¿Qué diablos cree que ha ocurrido entre esa mujer y yo?

—Lo que haya ocurrido no me importa. ¡Defiéndase!

Bob se dio cuenta de que no estaba hablando en broma.

En realidad ya había advertido eso desde el principio, pero lo que no creyó fue que las cosas se complicaran con tal rapidez.

Una fracción de segundo de retraso podía costarle la vida. De modo que empleó toda su rapidez, toda la técnica aprendida en las infernales peleas del rancho, cuando tenían que enfrentarse a una

pandilla de cuatreros.

Su revólver brotó a la luz cuando el desconocido aún estaba tirando de la culata.

Una llamarada roja vomitó el «Colt Frontier» de Bob. El pistolero que tenía enfrente pareció despedido hacia atrás por un repentino huracán.

Una mancha sangrienta había aparecido en mitad de su pecho.

Hizo un esfuerzo terrible para alcanzar el «Colt», rechinó los dientes y pareció como si fuese a lograrlo, como si fuera a disparar.

De repente cayó de rodillas, lanzando una imprecación. Y un segundo después sus facciones se habían empotrado en el polvo.

Bob tragó saliva poco a poco. No le gustaba ni pizca aquello, no le gustaba lo que había tenido que hacer. Además, al hablar en voz alta, todo el mundo se había enterado de lo de Laura.

Fue a guardar el revólver cuando en ese momento una voz dijo desde cerca:

—Entrégueme su revólver.

Bob se volvió hacia el lado opuesto. Vio a unos cuantos testigos de la refriega y al hombre que acababa de hablarle. Ese hombre llevaba al pecho la estrella de *sheriff*.

—Ya ha visto que el duelo era cara a cara —murmuró Bob—. Y que él me desafió primero.

—Precisamente por eso no le he clavado una bala entre las cejas, amigo. Vamos, no complique las cosas y entrégueme su revólver.

Bob comprendió que era mejor obedecer. Extrajo con dos dedos su «Colt Frontier» y lo entregó al *sheriff*.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Acompáñeme a mí oficina.

Atravesaron la calle principal entre la silenciosa curiosidad de todos los vecinos. Bob supuso que no sólo le habría visto Laura, sino también la desabrida muchacha del Banco. Y eso no le hacía ninguna gracia, porque lo que más le fastidiaba era que le tomasen por un matón.

Mientras tanto, a sus espaldas, el cadáver ya estaba siendo retirado por unos cuantos testigos del desafío.

Entraron en la oficina del *sheriff*.

Ésta era acogedora y hasta elegante. Todos los detalles indicaban que Richfield era una ciudad próspera.

El *sheriff* se sentó tras su mesa y miró a Bob, que seguía en pie al otro lado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Bob Donovan.

—¿Trabaja?

—No. Estoy buscando empleo.

—¿De qué vive, entonces?

—No soy un indigente. Acabo de depositar mil dólares en el Banco, producto de mis ahorros. Y tengo aún dinero suelto para pagar el hotel durante unos cuantos días.

—¿Sabe a quién ha matado?

—Pues… no. Ni siquiera me dijo su nombre.

—Era Cottet.

—No me suena ese nombre.

—Trabajaba para Clark Malone. ¿Este otro nombre sí que le suena tal vez?

Bob empezó a ligar cabos rápidamente.

—Clark Malone es el marido de Laura —musitó.

—Exacto.

—¿Y quizás ese tipo estaba enamorado de la mujer de su jefe?

—También ha acertado usted.

—Diablos, veo que hay mucha gente enamorada de Laura.

El *sheriff* le miró con suspicacia.

—¿Sí? ¿Quién más?

—No sé concretamente… Uno oye hablar…

Bob no se atrevió a decir la verdad. Quizás a ella le interesaba que ésta se mantuviese oculta.

—Nos encontramos casualmente y la acompañé a su casa. Al decirme que era casada, yo la traté como a una persona inasequible. No hay entre nosotros absolutamente nada, salvo una amistad muy superficial.

—¿Pero ella le gusta? Perdone si esta pregunta le parece demasiado directa. Estamos entre hombres.

—No me disgusta. Laura es una mujer… ¿cómo diría?… muy apetitosa. Pero eso no significa, de ningún modo, que haya pensado en ella sólo bajo ese punto de vista.

El *sheriff* puso pensativamente sobre la mesa el «Colt Frontier» del joven.

—No puedo detenerle —dijo—. El duelo ha sido legal, y por otra parte usted no me ha ofrecido resistencia.

—Celebro que piense así.

—Tome su revólver.

Bob lo guardó. Sus ojos se clavaron en las arrugas de preocupación que surcaban el rostro del *sheriff*.

—Esta situación no le gusta, ¿verdad? —preguntó.

—Ni pizca.

—¿Cree que el asunto traerá cola?

—Mucha. La banda de Clark Malone es bastante numerosa. Si deciden vengar a su compañero, va usted listo. La sangre correrá a raudales por las calles de Richfield.

—¿Qué me aconseja que haga?

—La cuestión es sencilla: Lárguese cuanto antes, y si ve que le persiguen espolee a su caballo. Lo ideal sería que mañana mismo pudiera estar navegando por el océano Pacífico.

—Tendré en cuenta su consejo, pero quisiera hacerle una pregunta, *sheriff*.

—Adelante.

—¿Clark Malone no es un tipo perseguido?

—¡Claro!

—¿Y cómo vive su mujer aquí tan tranquilamente? ¿A ella no le molesta nadie?

—Su mujer no ha cometido ningún delito. ¿Qué razón hay para molestarla?

—Sí, claro.

—Además, viven separados desde hace algún tiempo. Ella no puede congeniar con el carácter de un tipo como Clark Malone. ¿Quizá Laura le habló de eso?

—Sí. Me dio a entender que su matrimonio no había sido precisamente un dechado de felicidad, y que vivían separados. Celebro saber que no me mintió.

El *sheriff* dio una nueva palmada en la mesa.

—Bueno, amigo, pues ahora ya sabe lo que quería. Lárguese cuanto antes de aquí.

Bob hubiese querido hacer alguna otra pregunta al representante de la ley. Por ejemplo: «¿De dónde sacaba Laura el dinero suficiente para vivir?». Pero resolvió que aquél no era el momento para

meterse en investigaciones que, al fin y al cabo, no le importaban.

—Gracias, *sheriff* —dijo.

Tuvo la sensación de que todo el mundo le miraba, de que la ciudad era distinta.

Para librarse de aquella impresión penosa, tomó su caballo y se largó fuera de Richfield a fin de visitar los ranchos que pudiera haber en la comarca.

Cuando regresó a la ciudad, ya había caído sobre ésta las sombras de la noche. Y Bob, después de dejar su caballo en la cuadra y volver al hotel para asearse un poco, se dirigió nuevamente a casa de Laura.

CAPÍTULO V

Esperaba que esta vez nadie se cruzaría en su camino, y en efecto así ocurrió. Pudo llegar tranquilamente hasta la puerta.

Llamó, y le abrió la misma Laura.

Diría que ésta le estaba esperando. Llevaba encima una bata de color blanco, de tela gruesa, pero que se entreabría por el centro al menor descuido de su dueña. Y Laura debía descuidarse mucho, porque la llevaba entreabierta casi de continuo. Debajo de aquella bata no había más que la ropa interior, según pudo constatar Bob con cierta sorpresa. Esa ropa interior que hace aún mucho más turbadoras a las mujeres que saben lucirla.

Ella susurró:

—Hola, Bob.

—¿No… no te molesto?

—De verdad que no. Tenía la sensación de que ibas a venir.

—La verdad es que me hubiera presentado aquí mucho antes, pero…

—No digas más. Ya he visto todo lo ocurrido esta mañana.

Bob pasó. Aunque toda su atención estaba absorbida por la mujer, no pudo dejar de notar que la casa estaba amueblada con verdadero lujo.

Laura le invitó a sentarse en un diván. Ella lo hizo a su lado. Y otra vez, como por casualidad, la bata quedó abierta. Ella se pasó distraídamente un dedo por encima de una media.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

—Un poco de *whisky*… si tienes.

—Naturalmente que sí.

Laura sirvió dos vasos. Uno muy lleno para Bob y otro con muy poca cantidad para ella. Luego, volvió a sentarse.

—He lamentado mucho lo de esta mañana, Bob.

—Más lo lamento yo. ¿Lo has visto?

—Sí.

—Me han dicho que aquel tipo se llamaba Cottet.

—En efecto. Venía bastante a esta casa.

—¿Amigo tuyo, quizá? —preguntó él, con un levísimo tono de suspicacia en la voz.

—No. Amigo de mi marido.

—Eso mismo me ha dicho el *sheriff*. Me ha asegurado que ese hombre formaba parte de la banda de Clark Malone. No te molesta que hable así, ¿verdad? Todo el mundo sabe que tu marido tiene una banda.

—No, no me molesta que hables así. Yo sé mejor que nadie quién es Clark Malone.

—¿Y qué buscaba Cottet aquí?

—Venía a traerme recados de Clark con alguna frecuencia. Aunque vivimos separados, no todos nuestros lazos han quedado rotos. Por ejemplo, esta casa es suya, comprada cuando nadie sabía aún que se dedicaba a atracar diligencias. Algunas veces me ha enviado dinero por medio de Cottet, para que pagara los impuestos. En otras ocasiones, las más, me ha amenazado. Quiere que vuelva junto a él.

—Ya comprendo.

—Supongo, musitó ella —que esas cosas ocurren en los matrimonios que no han encontrado la felicidad y han tenido que separarse, pero para mí resultan muy penosas.

—¿Por qué no os divorciáis legalmente? Eso te permitiría rehacer tu vida.

—Si yo fuera ante el juez con una pretensión semejante, Clark sería capaz de presentarse aquí y matarme.

—¿Sabes dónde está él ahora?

—Eso sólo sus hombres lo saben, y no todos. El *sheriff* daría su mano derecha por enterarse y capturarle.

Bob dijo con voz lenta:

—Claro, es natural… —Y de repente—: ¿Cómo te sientes ahora?

—Ya ha pasado lo peor.

—He estado preguntando por Gordon —dijo a continuación Bob, sin mirarla.

—¿No me prometiste que no intentarías nada contra él?

—Dije que no lo buscaría, pero ello no me impide enterarme de qué clase de tipo es.

—Supongo que te habrán dicho que no es un cualquiera. Tiene grandes negocios aquí.

—Sí. Incluso es el dueño del hotel en que me hospedo. Puede echarme de allí si quiere. La verdad es que la situación tiene gracia.

—No te metas con él, Bob.

—Después de… ¿Después de lo que te hizo ese miserable aún quieres que me esté quieto?

—Por mi culpa no debe correr más sangre. Bastante terrible ha sido lo de esta mañana.

Bob bebió un largo trago de *whisky*.

Notó que la mujer le miraba intensamente.

—¿Qué vas a hacer ahora? —susurró Laura.

—Confieso que no lo sé.

—Puesto que pensabas llegar hasta Nevada, lo mejor sería que te fueses inmediatamente de aquí. Sigue tu camino.

—¿Dejando las cosas como están?

—En efecto, dejando las cosas igual.

Bob susurró:

—Eso es difícil, Laura.

—¿Por qué?

—Quizá no te has dado cuenta, pero supongo que sí. Porque las mujeres advertís en seguida esas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Tú me interesas, Laura.

El hermoso cuerpo de la mujer se estremeció.

Cerró un momento los ojos.

—Sí, ya me he dado cuenta —confesó.

—Entonces, todo está dicho. Me resulta muy difícil marcharme de aquí y olvidarte.

—Yo sólo tengo una duda, Bob.

—¿Cuál?

—¿Sientes algo por mí… o te gusto solamente?

—Es una pregunta un tanto violenta… Si yo te dijera que solamente me gustas, quizás ésa fuese la verdad. Uno no puede sentir amor hacia la mujer que sólo ha visto una vez, mientras que

bastan dos minutos para desear con todas las ansias un cuerpo femenino, pero en mi caso creo que hay algo más. Me interesas tú como persona. No puedo permanecer indiferente ante tu drama, y eso significa quizá que estoy en camino de quererte.

Ella cerró los ojos otra vez, sin darse cuenta de que su bata se había entreabierto nuevamente.

—A mí me ocurre algo parecido, Bob. Es… es extraño.

Los dos se miraron. Y sucedió todo de una manera tan rápida, tan espontáneamente que el joven tuvo la sensación de que ninguno de los dos se había dado cuenta. Fue como si una fuerza ciega y elemental los empujase.

Bob susurró:

—Laura…

Y en aquel momento los dos oyeron el brusco golpetazo de una puerta al abrirse y cerrarse instantáneamente. Se separaron como impulsados por un resorte.

—¡Bonita escena! —dijo una voz espesa.

Bob reconoció aquella voz.

Miró hacia la puerta y entonces vio quién era la mujer que les estaba contemplando con expresión entre indignada y atónita.

Era… ¡era la mismísima directora del Banco!

CAPÍTULO VI

Bob se puso en pie y arregló maquinalmente, no supo por qué, el cuello de su camisa vaquera.

—Lo lamento —susurró—. ¿Pero puede saberse qué hace usted aquí? Esto no es el Banco.

—¿Y aún pregunta qué hago yo aquí?

—Me parece natural, ¿no?

—¡Ésta es mi casa!

Bob tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo dice?

—Lo ha oído perfectamente. Ésta es mi casa.

En aquel momento Laura se creyó en la obligación de intervenir. No había duda de que la situación resultaba muy penosa para ella.

—Ella dice la verdad, Bob. Vive aquí.

—¿Por qué razón?

—Porque es mi hija.

Ahora sí que a Bob le temblaron las rodillas. Miró a las dos mujeres con expresión atónita e hizo un rápido cálculo de edades: Unos dieciocho años la «banquera», único nombre que de momento sabía darle, y unos veintiséis, Laura. Nada, ni a tiros. Las edades no concordaban. Bob estaba dispuesto a dejarse matar antes de admitir que aquellas dos mujeres fuesen madre e hija.

Por eso todo lo que se le ocurrió hacer fue lanzar una especie de gruñido.

Laura musitó:

—Creo que no me he explicado bien. Ella es en realidad mi hijastra. Ambas nos llevamos muy poca diferencia de edad.

—¿Tu hijastra? ¿Entonces…?

—Sí —musitó Laura—. Es hija de Clark Malone.

* * *

La noticia dejó petrificado a Bob.

Que aquella muchacha que pocas horas antes había conocido como propietaria del Banco más próspero de la comarca fuera la hija de Clark Malone, un pistolero fugitivo, era algo que no le entraba en su cerebro. Algo que por unos momentos pareció dejarle sin respiración.

—¿Cómo es posible? —musitó.

Laura volvió a entrelazar nerviosamente sus dedos. Parecía estar muy afectada por la situación en que había sido sorprendida. Estaba tan avergonzada como una niña cogida en falta. Bob lo comprendió, pues la situación de la mujer era delicada: a causa de la similitud de edades, la muchacha debía tener muy poco respeto a su madrastra. ¡Sólo faltaba que la hubiera encontrado besándose con un pistolero que además tenía una ridícula cuenta corriente de mil dólares!

Dominando a duras penas su turbación, Laura se dirigió a la puerta.

—Perdóneme —dijo.

Y salió.

Bob no había tenido tiempo de impedirlo. Se encontró de pronto a solas con aquella extraña muchacha de la que hasta el nombre desconocía.

—¿Tanto le extraña? —preguntó ella bruscamente—. ¿Creía que no tengo padre?

—Pero usted… En fin, la consideraba una muchacha distinguida.

—Y lo soy.

—¿Con un padre como Clark Malone?

—Ése no es asunto suyo. ¡Váyase!

La muchacha estaba molesta. Todo el mundo tiene algún problema en su vida, y el problema de aquella maravillosa mujercita estaba en su familia. Por un lado, una madrastra a la que seguramente no quería; por otro, un padre a quien perseguían por salteador y asesino todos los *sheriffs* del territorio.

—Pienso irme —susurró Bob—. No quisiera molestarla, pero hay una montaña de cosas que todavía no entiendo.

—No son de su incumbencia.

—Su madre y yo tenemos una cierta amistad. ¿Por qué no puede decirme lo que ocurre? Sería absurdo que me mirase como a un

enemigo.

La expresión de ella no se dulcificó en lo más mínimo; sin embargo, accedió.

—¿Qué quiere saber?

—En primer lugar su nombre.

—Me llamo Marta.

—¿Su padre se casó en segundas nupcias con Laura? ¿Hace mucho tiempo de eso?

—Dos años.

Bob se pasó levemente un dedo por la barbilla.

—Perdone, pero… ¿cómo ha llegado usted a poseer un banco?

—Lo fundó mi padre.

—¿Su… padre?

—¿Por qué le extraña tanto?

—Bueno, es que… yo pensaba que Clark Malone siempre había tenido conflictos con la Ley. Y seguramente ese Banco habrá sido fundado con el dinero que robó.

En contra de lo que esperaba, la muchacha no pareció ofendida por aquellas palabras.

—He pensado muchas veces en lo que usted me dice, señor Donovan —susurró.

—Eso la honra, Marta. Indica que tiene usted problemas de conciencia.

—Unos problemas que me han torturado durante mucho tiempo. Mi padre, como seguramente habrá usted advertido, es un hombre muy extraño. Para él, el delito es simplemente un negocio. No vive al día y despreocupadamente, como otros que se dedican al mismo «trabajo». Apenas tiene dinero, lo invierte en algo seguro. Así, por ejemplo, compró esta casa y luego fundó un Banco. Está perfectamente convencido de que el delito sólo es rentable durante una temporada, y que luego hay que pasarse al campo de las personas honradas, aunque muchas veces éstas tampoco lo sean. Opina, además, que los *sheriffs* y los federales terminarán por no perseguir a un hombre que puede cubrirles de oro si se le antoja. La ley, por desgracia, sólo persigue a los muertos de hambre y a los pobres.

—No le falta razón —musitó Bob—, y el que su padre piense así indica que es un hombre muy inteligente. Quizás ello le convierta

en doblemente peligroso.

—Sí, eso es lo que mucha gente piensa.

—¿Pero cómo, sabiendo que es un forajido, el juez no le ha confiscado sus bienes?

—Nadie puede tocar nada mientras Clark Malone no sea apresado, juzgado y condenado. Y eso no ha ocurrido aún.

—Comprendo. Faltan pruebas absolutas de que todo esto lo ha obtenido ilegalmente.

—Así es.

—Pero a usted, Marta, le consta que el Banco fue fundado con dinero procedente de sus robos. ¿Y eso no le importa? ¿Qué ha sido de su conciencia, de la que antes hablaba?

Ella se mordió nerviosamente el labio inferior.

—El Banco se fundó con un capital de cien mil dólares —dijo—. Cien mil dólares que yo hice trabajar desde el primer momento. Actualmente, tiene un capital de un millón.

—Vaya… Ha sido usted una chica lista. Una verdadera águila para los negocios…

—Sólo en parte. Las cosas han rodado solas porque la comarca es muy rica y los negocios van viento en popa. Además, tratamos mucho con los mormones de Salt Lake City. ¿Usted no los conoce? Podrán tener muchos defectos, como, por ejemplo, admitir que un hombre pueda casarse con muchas mujeres, pero en los negocios son gente seria. En resumen, el Banco ha prosperado más de lo que todos creíamos al principio. Hoy es una auténtica potencia.

—Lo celebro, pero su conciencia sigue sin aparecer por ninguna parte, amiga mía.

—¿No le he dicho que el capital era cien mil dólares y que en la actualidad es de un millón? Muy bien… Yo procuré enterarme de quiénes habían sido las personas perjudicadas por mi padre. Devolví lo que les habían robado multiplicado por cinco; es decir, repartí quinientos mil dólares poniendo en peligro la estabilidad del Banco. Todos los perjudicados estuvieron muy contentos. Sólo esperan que mi padre les robe otra vez.

—Es una curiosa manera de tranquilizar su conciencia.

—¿Le parece mal?

—No, al contrario. ¿Pero y las personas a las que su padre mató?

—Ése es el punto negro de la historia. Desgraciadamente no he

podido devolver la vida a nadie.

—Adivino que a usted le avergüenza llevar el apellido Malone.

—Si pudiera arrancármelo, me lo arrancaría —confesó ella con voz ronca.

—¿Por qué, entonces, no lo deja todo y se va a algún sitio donde nadie la conozca?

—No puedo por dos razones —musitó—. En primer lugar, porque el Banco produce dinero y eso me permite, dentro de lo posible, reparar los daños causados por mi padre. En segundo lugar, porque Laura es una mujer débil, a pesar de lo que parece. No tiene fuerza moral; se deja derrotar en seguida. Y yo sé que ella acabaría en la miseria si yo no trabajase para asegurarle un porvenir.

Bob miró con atención a aquella contradictoria muchacha que le llevaba de sorpresa en sorpresa.

—Yo imaginé que usted no quería a Laura —susurró.

—¿Por qué no había de quererla? Lo que sucede es que las dos tenemos parecida edad, y eso impide que la respete como ella desearía. Le comprendo cuando hablamos como dos amigas, pero no puedo soportarla cuando se pone en plan de madrastra. Ése es nuestro único problema.

Bob sonrió, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Es usted una mujer sorprendente, Marta. Sorprendente de verdad. ¿Sabe que celebro sinceramente haberla conocido?

Le tendió la mano y fue a salir, pero ella no se la estrechó.

—Bob, hay algo que quiero decirle.

—¿Qué?

—Esta mañana ha matado usted a un hombre que trabajó con mi padre.

—Fue él quien me provocó.

—Lo sé. Cottet era un hombre que deseaba a Laura con todas sus fuerzas. Sólo el hecho de que ella fuese la mujer del jefe le imponía respeto. Pero creyó que usted tenía algo que ver con ella y por eso deseó matarlo.

—Me alegro de que se dé cuenta de las cosas, Marta.

—Precisamente porque me doy cuenta de las cosas quiero hacerle una advertencia. La banda de mi padre es aún muy poderosa. Los demás miembros querrán que Cottet sea vengado.

—Me parece un deseo muy razonable.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Usted qué haría en mi lugar?

—Olvidar todo esto e irme.

—También es un consejo muy razonable —murmuró el joven.

—Pero usted no piensa seguirlo, ¿verdad?

—Hay cosas que usted ignora, Marta, y que por el momento me obligan a quedarme aquí.

—¿Qué cosas?

—Lo lamento, pero no puedo hablar más.

—Yo he sido sincera con usted.

—Y a mí me gustaría serlo también, pero no puedo hablar de cosas que afectan a terceras personas.

Por ejemplo, Bob no quería mencionar de ningún modo el ultraje de que había sido objeto Laura. Sólo faltaba aquello para que las dificultades entre las dos mujeres aumentasen todavía más.

Ella pareció adivinar lo que sucedía.

—¿Lo que ocurre, tiene relación con mi madrastra? —musitó.

—Sólo de una manera muy indirecta.

Ella apretó los labios con un gesto de contenida ira.

—Bueno, ya veo que no quiere hablar… Está bien. Que tenga mucha suerte, señor Donovan. Y le prometo asistir a su entierro, con tal de que lo celebren fuera de las horas de oficina.

—Es usted una mujer seria y ordenada, ¿no?

Un cierto tono burlón palpitaba en la voz del joven. Ella apretó los labios.

—Mucho, señor Donovan —dijo lentamente—. Soy una chica muy seria y muy ordenada.

—Apuesto que no la han besado nunca.

—Nunca, señor Donovan.

—¿Ni siquiera fuera de horas de oficina?

—Ni siquiera entonces, señor Donovan. Y le advierto, para su conocimiento, que jamás me besará un hombre que sólo tiene una cuenta corriente de mil dólares, los cuales, además, constituyen todo su capital.

—¿Ambiciosa, eh?

—No. Sólo seria y ordenada, como usted mismo ha dicho.

Bob lanzó una carcajada.

—¿Sabe cuál es la verdadera razón de que me quede aquí,

muchacha?

—No me interesa.

—Sí que le interesa porque le afecta directamente. Me quedaré aquí hasta que la bese.

Ella le miró con una sonrisa desafiante. Era una chica extraña, pensó Bob. Capaz de dirigir con mano maestra un banco y al mismo tiempo de no sentir miedo ante ningún pistolero. Y de no notar la más mínima emoción ante un hombre.

¿Qué es lo que le interesaba a aquella chica, pues? ¿Sólo el dinero?

La sonrisa desafiante de Marta se hizo más intensa.

—¿Dice que se quedará hasta que me bese, señor Donovan?

—Sí.

—¿De la misma forma que ha besado a Laura?

Bob parpadeó un momento, confuso. La verdad era que no había esperado aquella salida.

—Puede que con más ganas —dijo roncamente.

—Seguro que lo hará con más ganas. Yo soy más bonita.

—Por lo que veo, no le faltan pretensiones, nena.

—Y tengo las piernas mucho mejor formadas.

—¿Nada más?

—Dicen que mis piernas son las más bonitas de todo el territorio de Utah, señor Donovan.

—¡Lo celebro!

—¿Acaso quiere verlas?

La inesperada y extraordinaria proposición dejó sin aliento a Bob.

¿Qué ocurría con aquella chica? ¡Infiernos! ¿Hasta qué punto estaba acostumbrada a jugar con los hombres?

Porque era seguro que quería jugar con él. Quería desafiarle, demostrarle que no tenía miedo.

Seguro que en cuanto Bob hiciese la menor insinuación atrevida, Marta le cruzaría la cara de dos bofetadas.

Por eso el joven se limitó a sonreír burlonamente.

—No caigo en la trampa, nena. A lo mejor, después de tanta propaganda, resulta que tiene las piernas torcidas. Espero que mis mil dólares le produzcan grandes beneficios y pueda ampliar su Banco.

Ella masculló:
—¡Estúpido, insolente!
Pero ya Bob había salido, cerrando de un portazo.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente preguntó al mismo camarero del día anterior si ya había llegado Gordon.

—Aún no, amigo, pero quiero desengañarle antes de que se haga demasiadas ilusiones.

—¿Desengañarme? ¿Por qué?

—Él no le dará trabajo.

—¿Por qué no? ¿Es que ha cambiado algo importante desde que hablamos ayer?

—Parece mentira que pregunte eso, amigo. Usted ha matado a un hombre.

—Lo cual no es ninguna novedad en un sitio como Richfield.

—A Gordon no le gusta la gente que tiene el gatillo fácil. Y vaya con cuidado, porque el fulano a quien mató pertenecía a la banda de Malone. Los otros querrán vengarle.

—Todo el mundo me advierte lo mismo. ¿Qué diablos pasa? Esa banda debe ser terrible, ¿no? ¿Es que matan a un hombre con sólo mirarle a la cara?

—Haría bien en no burlarse, amigo.

Bob sonrió mirando al camarero.

—No lo tome a mal. Agradezco su consejo porque además sé que tiene razón. El caso es que quisiera encontrar trabajo en la ciudad.

—Le diría que se pusiese de «protector» en el *saloon*, pero también es propiedad de Gordon.

—Vaya, lo siento…

—¿Ha visitado los ranchos de la comarca?

—Sí, algunos. Pero insistiré en el último que visité ayer. Estoy seguro de que allí me darán trabajo.

Bob no hablaba en broma. Quería no tocar ni un dólar de los mil

que había depositado en el Banco. Al contrario, pensaba ingresar más para hablar a Marta en el único lenguaje que ésta parecía entender: el del dinero.

De modo que montó en su caballo y salió nuevamente de Richfield. La mañana era magnífica, y Bob se sentía casi feliz.

No pensaba, ni por asomo, en los pistoleros de Clark Malone.

Pero éstos, por el contrario, sí que pensaban en él.

* * *

Bob avanzaba confiadamente. No debía temer ninguna encerrona, porque por aquel lado el terreno era liso como la palma de la mano. Ni rocas tras las que pudiera cobijarse un pistolero, ni arbustos donde ocultarse. De vez en cuando se distinguía algún árbol, pero su tronco era demasiado delgado para ocultar a un hombre.

Bob había empezado a silbar una alegre cancioncilla cuando notó que, de repente, su caballo se intranquilizaba.

Era como si hubiese venteado una presencia extraña.

El joven debía la vida a sus reacciones rápidas, y en esta ocasión tampoco se entretuvo. Saltó inmediatamente del caballo mientras muy cerca crepitaba un revólver.

La bala, que iba destinada a él, alcanzó al animal. Éste lanzó un relincho y se encabritó.

La maldición de Bob se oyó casi tanto como el estampido.

No podía soportar ver a un caballo muerto. Aquellos animales eran lo que más amaba en el mundo.

Había desenfundado ya su revólver cuando llegó al suelo. Tiró a ciegas, sólo para cubrirse.

Otra bala le arrancó el sombrero.

Sus enemigos eran dos, por lo visto, y estaban ocultos en pozos de tirador abiertos en la tierra. Como llevaban ropas de color marrón, se confundían con el terreno.

Bob dio una ágil vuelta en el aire y se situó detrás de su caballo, empleándolo como parapeto.

El pobre animal, mortalmente herido, relinchaba lastimeramente mientras trataba de incorporarse y despedía, a cada nuevo esfuerzo, un violento chorro de sangre.

Bob se pegó materialmente a aquel pobre cuerpo torturado.

Tendido en el suelo, acarició el cuello del animal.

—No te haré sufrir… —susurró—. Lo siento, fiel amigo.

Apoyó el cañón de su revólver entre las dos orejas del caballo y apretó el gatillo.

Un estremecimiento le indicó que el caballo acababa de expirar. Mientras tanto, sus dos enemigos seguían disparando.

Pero Bob estaba sólidamente parapetado tras el cuerpo del animal y las balas se empotraban inútilmente en la carne de éste.

Por otra parte, Bob no había visto apenas los lugares en que estaban sus enemigos, y ello hacía que apenas pudiera responder al fuego.

La situación podía permanecer así, estacionaria, durante horas y horas, si ninguno de los tiradores cometía un descuido.

En realidad, fallada la sorpresa, nadie, ni sitiadores ni sitiado, tenían la menor posibilidad de vencer.

Por eso Bob decidió no responder al fuego. Lo que más temía era agotar las municiones en una situación como aquélla.

Sus enemigos seguían disparando. El cuerpo del caballo se estaba convirtiendo en una auténtica criba.

Mirando por debajo del cuello del animal, Bob distinguió confusamente a sus dos enemigos. Estaban apenas a cincuenta yardas, en dos pozos de tirador, y uno se encontraba a unas quince yardas de distancia del otro. Sus tiros se cruzaban y acabarían con el joven si éste cometía el menor descuido.

Pero Bob esperó tranquilamente, sin perder detalle de lo que sucedía. Estaba seguro de que el descuido acabaría cometiéndolo los otros.

En efecto, así fue.

Unos minutos después, el enemigo que tenía a su izquierda decidió cambiar de posición para cazarle por el flanco descubierto.

El otro recrudecía la intensidad del fuego, para cubrir el avance de su compañero, y para dar la sensación de que seguían siendo dos los que disparaban.

Bob apretó dos veces el gatillo, rápidamente, mirando por debajo del cuello del caballo.

A pesar de que apenas podía ver a su enemigo, lo alcanzó porque éste se hallaba al descubierto.

El pistolero dio una extraña voltereta en el aire, mientras

lanzaba un grito agudo.

Instantes después había quedado espantosamente inmóvil, con el rostro empotrado en tierra.

El otro gritó también.

Vació rabiosamente todo el contenido de su tambor, mientras Bob contaba los disparos.

Cuatro… Cinco… Seis… A su enemigo ya no le quedaba ninguna bala.

—Más vale que te rindas, muchacho —dijo Bob—. Si salgo a por ti va a ser peor.

—¿Rendirme? ¿Estás loco?

—Voy a salir, amigo. Lo lamento por ti. No has tenido tiempo de cargar una sola bala.

Fue a moverse. De pronto, su enemigo gritó:

—¡Un momento! ¡Podemos hablar de eso!

—Para hablar, empieza por tirar tu revólver y tu funda.

—Prométeme que no dispararás.

—De eso puedes estar seguro.

—También quiero quedar libre.

—Una vez que hayas explicado todo lo que sabes, no tengo inconveniente en que te largues.

La voz llegó claramente desde el otro lado.

—¡De acuerdo!

Bob vio que algo volaba por los aires.

Un cinto canana con una sola funda y un revólver dentro de ella, cayeron sobre el polvo. El joven tuvo bastante para convencerse de que su enemigo no llevaba más que una sola arma.

Se puso en pie.

—Bueno, amigo, ahora podemos hab…

No llegó a terminar la frase. Fue el brillo repentino del metal lo que le avisó.

Se encogió inmediatamente, mientras ante sus ojos brillaba una llama que le pareció de mil colores.

Un repentino dolor en el brazo izquierdo le advirtió que había sido alcanzado, pero no se estuvo quieto. Un solo segundo de inmovilidad y ya no lo contaría.

Su mano derecha se movió casi maquinalmente.

Apretó el gatillo por instinto, apuntando hacia el lugar de donde

había brotado la llamarada.

Oyó un gemido sordo, su enemigo se ladeó, intentando apuntar y disparar otra vez.

Bob apretó el gatillo de nuevo. Lo apretó dos veces.

Vio encogerse a su enemigo, acurrucarse en el pozo de tirador, mientras soltaba el revólver.

Bob no se entretuvo tampoco.

Sabía que el adversario estaba muerto. La sangre que brotaba del centro de su cabeza era un síntoma de los que no engañan.

Se acercó a él y le volvió la cabeza.

Era un desconocido, pero tenía el mismo aspecto patibulario que Cottet, el hombre con quien había tenido que enfrentarse la mañana anterior.

El revólver que había usado en segundo lugar era pequeño. Se trataba de una de esas armas que podían ocultarse en la caña de una bota. Un revólver muy impreciso en el tiro a causa de su cañón corto, pero terriblemente eficaz a pequeña distancia.

Ahora Bob se acercó al primer enemigo.

Éste yacía cara al suelo, con las piernas muy abiertas y postura casi grotesca. También era un desconocido y también tenía el rostro patibulario de su compañero.

Bob sintió entonces un vivísimo dolor.

Había llegado a olvidarse de que estaba herido. Las balas, en caliente, apenas duelen. Pero de pronto se dio cuenta de que estaba perdiendo mucha sangre.

Buscó una ramita y trató de hacerse un torniquete con su propio pañuelo. Si empezaba a perder sangre estaba listo. Se encontraba a demasiada distancia de la ciudad, y sin disponer de un caballo llegaría tarde a solicitar ayuda.

En aquel momento le pareció oír un rumor lejano.

Levantó la cabeza y vio un pequeño carruaje que se acercaba a buena velocidad. Un caballo tiraba de él, y al pescante iba una mujer con un vestido blanco.

Bob entrecerró los ojos, tratando de aguzar la mirada.

Le pareció haber reconocido a Laura.

En efecto, era ella la que se aproximaba. Con el busto jadeante, descendió del carruaje apenas estuvo a unas yardas de distancia.

Al ver los cadáveres tuvo un sobresalto brutal. Durante unos

segundos vaciló.

—Bob… ¿qué ha ocurrido?

—Ya ves… Un tropiezo.

Ella examinó a los dos hombres con mirada turbia.

—¿Los conoces? —preguntó Bob.

—Creo… que sí.

—Vamos, sé sincera conmigo. En realidad estás segura de conocerles.

—Pues… sí.

—Son hombres de tu marido.

—En efecto. Y eso significa que…

—… eso significa que estoy metido en el jaleo hasta el mismísimo pescuezo, ya lo sé. Pero no ha sido culpa mía.

Ella, que aún estaba muy turbada, pareció darse cuenta entonces de que la sangre resbalaba por el brazo del joven.

—Estás herido…

—Sólo un rasguño. Me pondré bien en seguida si consigo detener la hemorragia.

—Espera, yo te ayudaré.

Volvió hacia el carruaje y se acercó de nuevo trayendo una pequeña bolsa de cuero.

—Siempre llevo este botiquín conmigo. Me ha sacado de muchos apuros.

Había allí dentro desinfectantes y vendas. Con la ayuda de la ramita que antes había arrancado Bob, hizo un perfecto torniquete. Mientras ella estuvo cerca, Bob se sintió como embargado por el perfume de la mujer, a pesar del dolor que la cura le causaba.

Ella se comportaba con absoluta naturalidad. No le importaba que sus posturas, de vez en cuando, hiciesen pensar al hombre en lo delicioso que sería abrazarla.

Al fin suspiró:

—Ya está, Bob. Creo que con esto podrás volver sin peligro a la ciudad. De todos modos allí convendrá que te vea el médico.

—No hará falta. Ya has notado que se trata de un simple rasguño.

—Has tenido mucha suerte, Bob.

—Sí… Reconozco que ha sido suerte. Vi el reflejo del sol en el revólver y me moví a tiempo. De lo contrario, ahora sólo habrías

llegado a tiempo de pagarme un entierro de primera.

Ella cerró un momento los ojos.

—No quiero ni pensar en eso. ¿Cómo sucedió todo, Bob?

Él se lo contó sin omitir detalle. Al final ella susurró con el rostro crispado:

—Esos malditos traidores…

—No hay que culparles. Ellos seguían, a su manera, la ley fatal del Oeste: «Toda muerte tiene que ser vengada».

—Pero no a traición.

—En eso te doy la razón, muchacha.

Ella sonrió por primera vez, dejando que sus facciones reflejaran un poco de paz.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba «muchacha», Bob.

—Es duro tener como hijastra a una chica que tiene casi la misma edad que tú, ¿verdad? Eso la envejece a una.

—No puedes imaginarte hasta qué extremo. Y me siento terriblemente inferior.

Luego se pasó una mano por la frente, como si de pronto se diera cuenta de que estaba muy cansada.

—¿Te importaría que nos fuésemos de aquí, Bob?

—¿Dejando los cadáveres?

—Avisaré al empleado de pompas fúnebres de Richfield. ¿Tú no sabes eso? Desde que mi marido… en fin, desde que mi marido empezó a matar gente, él me hace rebaja. Y siempre está dispuesto a recoger los muertos «a domicilio».

Bob esbozó una sonrisa.

—De acuerdo. Si en la ciudad dan tantas «facilidades», podemos irnos tranquilos.

Dirigió una última mirada de despedida al cuerpo de su fiel caballo, lo que hizo que sus facciones se ensombrecieran, y luego subió al pescante, ayudando a hacer lo propio a Laura.

Fue él quien condujo con mano suave, alejándose de allí.

La expresión de su rostro seguía siendo concentrada.

—Has sentido mucho lo de tu caballo, ¿verdad? —susurró Laura.

—Sí. Había sido mi fiel compañero durante bastantes años.

—Te regalaré otro.

—No quiero que me regales nada, Laura.

Ella entrelazó los dedos. Parecía sentirse muy nerviosa y muy

confusa.

—Bob…

Su voz reflejaba una secreta ansiedad.

—¿Qué, Laura?

—¿No te das cuenta de lo que siento por ti?

El guardó silencio.

No quería caer en la debilidad de dejarse llevar por lo que Laura le inspiraba. La deseaba con todas las fuerzas de su juventud, porque era una mujer maravillosamente tentadora, pero debía pensar también en que era una mujer casada. Aunque fuese casada con un pistolero tan implacable como Clark Malone.

—Cuando he sabido que habías salido solo —continuó ella en voz baja—, he sentido algo que no había sentido en muchos años. Quizá nunca. Era como un desconsuelo terrible, como si adivinase que ibas a caer en una trampa. Entonces he hecho enganchar el tílburi y he salido a la llanura a buscarte. Te juro que en aquel momento no pensaba en nada, que me dejaba guiar solo por mi instinto. Mi mente estaba completamente en blanco.

—Pues ha sido una suerte el que me encontrases. De lo contrario quizá me hubiera desangrado.

A pesar del tono superficial que quería imprimir Bob a sus palabras, ella continuó con voz apasionada:

—Ha sido entonces cuando me he dado cuenta. Me he visto a mí misma avanzando por la llanura solitaria en busca de un hombre a quien sólo había visto un par de veces, a quien no tenía ningún motivo especial para amar. Y, sin embargo, deseaba con todas mis fuerzas encontrarlo. Entonces he comprendido que no podría vivir sin ti. Quizás eso tú lo consideres absurdo, pero es una verdad que está en mi sangre. Te necesito, Bob. Me he dado cuenta de que te quiero…

Con la cabeza obstinadamente vuelta hacia el otro lado, susurró:

—¿Por qué te casaste con Malone, Laura?

—Porque no sabía quién era.

—¿Y qué sentiste al saber que había dejado tras él una estela de robos y de muertes?

—Asco. Desprecio y asco a la vez.

—Tu situación tiene muy poco de agradable —reconoció él.

—¿Por qué no me ayudas a resolverla?

El la miró, volviendo la cabeza por primera vez. Vio palpitar la pasión en los ojos de Laura.

El silencio los envolvía. Los dos escuchaban solamente el «tac, tac» monótono de los cascos del caballo. Era un sonido que parecía concentrar sus pensamientos más secretos, convertirlos en dos cómplices.

Bob sintió de repente el casi irresistible deseo de besar otra vez a Laura. Estuvo a punto de hacerlo…

Pero se contuvo. Todo aquello seguía produciéndole una terrible especie de vértigo que no podía controlar de ninguna manera.

Sabía que, si llegaba a estrecharla en sus brazos, ya nada podría detenerle.

—Mira —dijo de pronto, señalando suavemente hacia lo lejos—. Ya estamos llegando a Richfield.

Capítulo VIII

El *sheriff* le miró torvamente desde el otro lado de su mesa.

—Acérquese —dijo.

Bob avanzó unos pasos y se detuvo al otro lado de la mesa.

—Ya supongo para qué me ha llamado, *sheriff*.

—Y supone bien.

—¿Le han dicho lo de los dos cadáveres?

—El de pompas fúnebres ha hecho más: Me los ha enseñado.

—Lo lamento por usted, *sheriff*. Debían tener muy mal aspecto.

—¿Encima tiene ganas de bromear?

—Ni mucho menos. Me han fastidiado el brazo izquierdo.

—También he hablado con el médico. Dice que es un simple rasguño.

—Se mueve usted más que una tormenta, *sheriff*. No se le escapa nada.

El representante de la Ley puso los dos pies sobre la mesa y le miró pensativamente.

—Aquellos dos hombres pertenecían a la banda de Malone. Se ha enterado, ¿verdad?

—Fue lo primero que me dijo Laura.

—Muy bien. Supongo que habrá comprendido que quisieron vengar a Cottet.

—He tenido que hacer un gran esfuerzo de inteligencia para eso, pero sí, lo he comprendido.

El *sheriff* estiró el brazo derecho y dio una violenta palmada sobre la mesa.

—¡Le estoy hablando en serio, Donovan! ¡Aún no sabe, por lo visto, en qué lío se ha metido!

—Lo sé desde el primer momento, *sheriff*.

—¡Pues no lo parece!

—Lo que me pregunto es por qué le importa a usted todo esto. En realidad le estoy ahorrando trabajo. La banda de Clark Malone tiene tres hombres menos y usted debería estar contento. ¿De qué se queja?

—¡De una cosa muy sencilla!

—Veamos.

—Parece mentira que no lo entienda, Bob Donovan, maldito pistolero. Ésta es una ciudad que ya da bastantes preocupaciones sin necesidad de Clark Malone. Hasta ahora esa pandilla se había mantenido completamente alejada de Richfield y sus contornos. El caso de Cottet, que siempre merodeaba por aquí, era, por decirlo así, una excepción. Me dejaban vivir tranquilo. ¡Y usted los está atrayendo, con su maldita manía de ir eliminándolos! ¡Pronto va a conseguir que el propio Clark Malone ponga sus zarpas en la ciudad!

—Y entonces se acabó la calma, ¿no, *sheriff*?

—Entonces se acabó el poder vivir.

Bob se asó muy suavemente un dedo por la barbilla.

—No crea que no le comprendo, *sheriff*. Yo, en su lugar, quizá pensaría lo mismo.

—Pues póngase de una vez en mi caso y decida.

—El que tiene que decidir es usted. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Le dije que se largase.

—Por razones que no puedo explicar ahora, he de quedarme. He de quedarme hasta matar a un hombre más.

—¿Quién?

—No puedo decírselo, *sheriff*.

—¿Quizá Gordon?

Bob se sobresaltó, aunque hizo lo posible por mantener inescrutable su rostro.

—¿Qué le hace sospechar eso? —preguntó.

—El hecho de que haya preguntado varias veces por él.

—Bueno, imaginemos que quisiera matar a Gordon.

El *sheriff* estalló de pronto.

—¡Sólo faltaba eso! ¡Gordon es una personalidad aquí! ¡Liquídelo y Richfield se convertirá en un infierno! ¿Sabe qué voy a hacer, Donovan?

—Algo muy desagradable para mí, supongo.

—¡Acertó! ¡Lo meteré en la cárcel!

—¿Bajo qué acusación?

—No lo sé todavía. Pero dispongo de cuarenta y ocho horas antes de entregarlo al juez, de modo que eso me da margen para pensar en alguna cosa. Por ejemplo, no está aclarada la muerte de los dos pistoleros de Malone, de modo que eso me da margen para acusarle de asesinato. Aunque luego le absuelvan, le habré tenido unos meses en la cárcel.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que los ánimos se calmen. Es todo lo que necesito.

Bob comprendió que no podría evitar el que la amenaza del *sheriff* se convirtiera en realidad. De modo que optó por la solución más sencilla: Resignarse.

—Estoy a su disposición, amigo.

—Muy bien. Entonces entrégueme su petardo y acompáñeme.

Bob depositó su «Colt» sobre la mesa. Vio cómo el *sheriff* colgaba de la culata un precinto con un número y lo guardaba todo en el cajón central de su mesa. Luego le indicó una puerta contigua.

—Vamos.

Las tres celdas de Richfield estaban vacías aquella vez, lo cual indicaba que, a pesar de todo, la ciudad atravesaba por un período de calma. El joven se dejó encerrar en la primera de ellas y, acto seguido, se tendió en el camastro.

—Necesitaba un poco de reposo para mi brazo herido —dijo—. Esto me vendrá bien.

—Por lo menos tiene dos días de reposo asegurado —masculló el de la estrella—. *Abur*.

Y cerró la puerta que daba a su oficina. Bob cerró los ojos y pensó en Laura. ¿Pero por qué diablos, de pronto, se encontraba pensando también en Marta?

Trató de pensar solamente en una bailarina que había conocido dos años antes, y que no estaba nada mal, pero no lo consiguió, a pesar de que con la tal bailarina había vivido momentos muy dulces, hasta que su padre los persiguió a los dos con una escopeta de caza.

No consiguió nada.

Menos mal, que poco a poco, tuvo la suerte de ir quedando

dormido y de no soñar absolutamente en nada.

* * *

Transcurrieron dos días.

La vida de la cárcel era tan monótona como en todas las cárceles del Oeste durante las épocas de calma. Un ayudante del *sheriff* le traía algo de comer siempre a las mismas horas, y por las mañanas se permitía al preso afeitarse y asearse. Incluso el médico vino a verle una vez para examinar su herida.

Al término de las cuarenta y ocho horas, el *sheriff* se dejó caer por la celda.

—Hola, señor Donovan.

—Hola, *sheriff*.

—Crea que lo siento, pero no me va a quedar más remedio que soltarle.

—Caramba, yo casi lo siento también… ¿Qué ocurre?

—El juez no quiere acusarle de nada. Dice que matar a dos granujas como aquellos dos tipos que le sorprendieron en la llanura, no es delito aquí ni en ninguna parte. Y por lo tanto no me queda más remedio que dejarle libre.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—¿Por qué?

—Porque mientras tanto me ahorro la cuenta del hotel.

—Lo siento, amigo. La ley es la Ley, lo mismo para enjaular a uno que para desenjaularlo.

—Bueno, si no hay otro remedio…

Bob fue a levantarse del camastro donde tan cómodamente había pasado aquel par de días. De pronto gritó:

—¡Cuidado, *sheriff*!

No llegó a tiempo.

El tipo que había entrado silenciosamente, aprovechando el hecho de que la oficina estuviera vacía, se situó a la espalda del *sheriff* antes de que éste tuviera tiempo de reaccionar. Levantó la culata de su revólver y la dejó caer con todas sus fuerzas.

El representante de la Ley lanzó un gruñido y cayó de bruces, intentando inútilmente asirse a los barrotes de la celda.

Quedó inmóvil, mientras un hilillo de sangre escapaba de su boca. Bob comprendió que no había muerto, pero que estaría sin

sentido durante un buen rato.

Miró entonces, atónito, al tipo que le había atacado.

Tenía un algo que le hacía parecerse a Cottet y a los dos hombres a quienes tuvo que matar en la llanura. «Debe ser la expresión de sus ojos», pensó Bob. Lo cierto fue que no le cupo la menor duda de que se trataba de otro miembro de la banda.

Y éste había escogido un sistema estupendo para eliminarle del mundo de los vivos.

Sin peligros. Sin problemas.

Bob vio cómo el otro alzaba poco a poco su revólver, mirándole con ojos llameantes.

—¿Quién te envía? —susurró.

—¿No lo adivinas?

—Es el viejo asunto de Clark Malone, ¿verdad?

—Te equivocas en parte.

—¿No te ha ordenado Malone que acabaras conmigo?

—No ha sido él exactamente. A Malone hace tiempo que no le vemos. Pero no hacía falta que lo ordenara porque la banda tiene su propio código del honor.

—La venganza automática, ¿no?

—Tú has eliminado a tres de mis compañeros. Ahora te toca pagar.

Bob examinó rápidamente, en breves segundos, las posibilidades que tenía de defender su vida, de hacer algo para evitar que el otro disparase.

Desgraciadamente no tenía ninguna posibilidad.

Era como un pájaro enjaulado al que van a atizar una perdigonada. Bonita perspectiva.

Miró de frente al otro, para no arrugarse en el momento de morir. Ya que no tenía ninguna otra salida, al menos pensaba acabar con dignidad.

El revólver le estaba apuntando a la cabeza.

—Bueno, amigo —susurró—, ¿a qué esperas? ¿O es que ese cacharro se te ha encasquillado?

El otro fue a apretar el gatillo.

Y de repente la detonación ensordeció a Bob. Éste tuvo como una sacudida nerviosa ante aquella situación que no esperaba. Vio la figura que acababa de recortarse en el umbral y de pronto le

pareció que una nube roja tapaba su mirada.

Laura, con el revólver todavía humeante en la mano derecha. Contempló al pistolero que se doblaba lentamente.

Las dos balas habían sido mortales. El *gunman* intentó alzar aún su revólver, en un inútil esfuerzo, pero acabó doblándose y cayendo junto al *sheriff*.

Las facciones de la mujer estaban desencajadas.

Miró a Bob como si éste se hallara muy lejos, como si apenas le viese.

—Me has salvado la vida —susurró él—. Una décima de segundo más y…

—He visto entrar a ese hombre y he imaginado lo que iba a suceder —dijo Laura con voz ronca.

—Pues no has podido llegar más a tiempo. Pero siento que hayas hecho esto, Laura. Ahora estás envuelta tú también.

—No me importa.

Bob no supo qué decir. Estaba tan agradecido a aquella mujer, y al propio tiempo lamentaba tanto que ella se hubiese metido también en el conflicto, que en su garganta se había formado una especie de nudo. Miró al *sheriff* y vio que éste empezaba a removerse.

El de la estrella abrió los ojos. Casi al instante recordó lo que había sucedido.

Pero lanzó una maldición al ver junto a él a aquel tipo con la cabeza perforada.

—¿Qué diablos es esto? —Gruñó.

Al alzar la cabeza vio a Laura con el revólver humeante. Se puso en pie de un brinco.

—¿Lo ha hecho usted? —masculló.

—No he hecho más que defender a este hombre.

El *sheriff* se tocó el bulto que empezaba a formarse en su nuca, y que debía dolerle intensamente.

—No puedo discutir los hechos —gruñó—. Yo mismo he sido testigo de lo que ocurría, aunque estuviese sin sentido. Supongo, Laura, que conoce a este tipo.

—Sí.

—Era uno de los granujas de su marido.

—Ya le he dicho que lo conozco perfectamente.

—Eso indica que los de esa maldita banda no renuncian a vengarse. Las cosas se están complicando demasiado, y lo que lamento es que ahora usted también está envuelta en el mejunje.

—No crea que esto me gusta, *sheriff* —dijo Laura, con voz ya más serena—. Pero me ha parecido que mi obligación era intervenir.

—Y le ha parecido bien… Además, me ha salvado del ridículo, Laura. ¡Menuda chacota, si llegan a matar a un detenido ante mis propias narices! Creo que debo darle las gracias.

—No piense en ello, *sheriff*.

—Hablaré con el juez para arreglar todo esto. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se me ocurriría hace un mes colgar la estrella y buscar otro trabajo? ¡Si llego a saber que usted pondría las pezuñas aquí, lo hago, forastero! ¡Hala, fuera!

Bob arqueó una ceja.

—¿Va a soltarme de todos modos?

—¿Es que la muerte de este granuja cambia en algo las cosas? Vamos, cuanto antes se largue de mi vista más tranquilo me sentiré.

Echó mano a la llave y abrió la reja.

Bob salió lentamente, procurando no pisar el cadáver.

Se sentía un poco avergonzado ante Laura por el hecho de saber que le debía la vida.

—Vamos —dijo ella con un soplo de voz.

El *sheriff* les siguió.

—Un momento, Donovan. Su petardo.

—Ah… Gracias.

Bob se ciñó el revólver con movimientos maquinales, mientras Laura depositaba el suyo sobre la mesa.

—No lo quiero —musitó—: Entiérrelo cuanto antes, *sheriff*.

—Diré al juez que lo guarde. Adiós, Laura.

Los dos salieron a la calle. Había un pequeño círculo de personas en torno a la puerta. Todos habían oído los disparos y todos deseaban saber lo que ocurría.

Las miradas se volvieron acusadoras al clavarse en Bob y en Laura. Todos parecieron adivinar lo que había entre los dos, aunque en realidad aún hubiera muy poca cosa. Y Bob se sintió molesto y herido pensando en ella. Porque adivinó que el hecho constituiría la comidilla de la ciudad durante semanas enteras, y Laura iría de

boca en boca, más malparada cada vez.

De pronto se volvió. Ella le estaba mirando.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bob.

—A mi casa.

—¿A tu… casa?

Ella señaló con el mentón el silencioso círculo de espectadores que habían dejado atrás.

—¿Crees que puede ser peor? —susurró—. ¿Crees que, de todos modos, no imaginarán lo que les dé la gana?

El asintió silenciosamente.

—Sí —dijo al cabo de unos instantes—. En eso tienes toda la razón.

Entraron en la casa. Al cerrar la puerta, Laura se apoyó en la hoja de madera, como si le faltaran las fuerzas y le miró fijamente.

CAPÍTULO IX

Bob se bañó a primeras horas de la mañana siguiente.

Después de aquello, Bob se sintió mucho mejor.

Laura entró cuando él ya estaba vistiéndose.

No dijo nada. Sólo le miró silenciosa e intensamente desde el umbral de la habitación.

—Pareces muy preocupado —susurró al cabo de unos instantes.

—Lo estoy, Laura.

—¿Por qué?

—Por dos razones. Una eres tú, ya que estás metida en un buen jaleo del que me siento responsable. La otra es Marta.

—¿Marta? ¿Por qué?

—Ella sabrá esto, ¿no?

—La verdad es que no tiene motivos para saberlo.

—Yo creí que…

—Nuestros dormitorios están en pisos distintos. No se habrá enterado de nada.

Bob terminó de abrocharse bien los puños de la camisa. No parecía muy convencido de todo aquello.

—¿Y no se lo dirán?

—No es fácil. A estas horas ya habrá marchado al Banco a trabajar. Ella es una chica infatigable y terriblemente seria. No le dirán nada porque la gente con la que trata no hace comentarios… de esta clase.

—Pero le dirán que tú mataste a un hombre.

—Eso debe saberlo ya. Anoche no se hablaría de otra cosa en la ciudad.

—¿Y cuál habrá sido su reacción?

El rostro de Laura se ensombreció.

—Supongo que terrible. No me ha dicho nada, ni esta mañana ha querido despedirse de mí. Eso significa que debe estar consternada.

Bob, ya arreglado del todo, se dirigió hacia la puerta poco a poco.

—¿Qué podría hacer? —susurró—. Esto es para ti un conflicto espantoso… ¿Cómo podría sacarte de él?

—Ahora ya no hay remedio —susurró Laura—. Y además, ¿qué culpa tienes tú? No eras hace unos días más que un simple viajero que acudió en mi auxilio. De todo lo sucedido tengo yo la culpa.

Bob dijo con voz reconcentrada:

—La tiene Gordon.

—Sí —la voz de Laura era amarga, lenta—. Gordon es al hombre a quien más odio en el mundo.

—No lo odiarás por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo mataré, Laura. Sólo estoy esperando a que aparezca por la ciudad para acabar con él.

—No te será posible.

—¿Por qué no?

—Siempre va acompañado por varios pistoleros. Y ahora, estando advertido, obrará con más cuidado aún.

—No importa —dijo roncamente Bob—. Haga lo que haga, acabaré con él. El regreso a Richfield será el último viaje que haga en su vida.

Fue a abrir la puerta. Pero ella estaba allí, quieta junto al umbral, mirándole ansiosamente.

—¿Ya no me besas, Bob?

El vaciló. Sus pensamientos, en este instante, ya no estaban ocupados por la idea del amor, sino por la idea, muy distinta, de la muerte.

—¿Ya no significo nada para ti? —musitó Laura.

El la besó. Sus manos acariciaron los hombros de la mujer.

—Tus labios están fríos —susurró ella—. No es como anoche.

—Hasta que mate a Gordon no tendré un instante de paz —susurró él—. Eso es lo que me ocurre. Estaba pensando en su muerte.

Iba a salir cuando ella lo retuvo por un brazo.

—Bob…
—¿Qué?
—Estoy asustada por otra cosa.
—¿Por cuál?
—¿Qué ocurrirá su Clark se entera de que te quiero?
—Imagino que querrá matarme.
—Tienes que tener cuidado, Bob.
—Pero él está lejos, ¿no?
—Él se entera de todo.
Bob asintió silenciosamente.
No tenía el menor interés en matar a Clark Malone, a pesar de la siniestra historia de éste. Pensó en lo lamentable que sería si por culpa de aquello llegaban a enfrentarse los dos.
Salió a la calle y regresó a su hotel. Quería saber si habían respetado la habitación que antes ocupara.
—Tiene todas sus cosas allí —dijo el dueño—, pero de todos modos le agradecería que vaya pensando en marcharse.
—¿Por qué?
—No es que le eche, pero no nos gustan los pistoleros. Ésta es una casa seria, señor Donovan. Ni tiros ni mujeres.
—De acuerdo. ¿Puedo permanecer aún aquí un par de días?
—Si no arma jaleo en el hotel, sí.
—Le prometo que nada ocurrirá aquí dentro.
—Entonces adelante, pero pague por adelantado.
Bob lo hizo, y luego salió del establecimiento.
¿Por qué se dirigió al Banco donde estaba Marta? ¿Qué extraña fuerza le impulsó a ello?
La verdad es que no lo sabía con exactitud. Quizá se sentía avergonzado y deseaba dar una explicación a la muchacha. Quizás obedecía, simplemente, a un oscuro deseo de verla.
Había muy poca gente a aquella hora en el Banco. Todos los empleados asomaron las cabezas por las ventanillas y le miraron con suspicacia. Bob se dio cuenta de que algo extraño flotaba en el ambiente.
Comprendió en seguida lo que era. Todos debían estar enterados de lo de la noche anterior. Laura, la madrastra de la dueña, había matado a un hombre por su culpa. El aire que se respiraba dentro del establecimiento parecía cargado de electricidad.

—Quisiera hablar con la señorita Malone —dijo Bob a uno de los empleados.

—Bien, un momento.

Cuando Bob pasó al despacho de Marta, tuvo la sensación de que el aire también estaba allí cargado de electricidad. Quizá más que en otros sitios. El rostro de la hermosa muchacha parecía una máscara, y sus ojos estaban turbios.

—Quizá te estoy molestando —musitó él, desde la puerta.

—No. Pasa y siéntate.

El entró, tras cerrar a su espalda la gruesa hoja de madera que los aislaba completamente.

Miró a la muchacha, que tenía los ojos perdidos en un punto indescifrable de la estancia.

De pronto ella volvió la cabeza. Sus labios dispararon la pregunta.

—¿A qué has venido?

—Imagino que estás enterada de lo que ocurrió anoche.

—Sí; lo estoy.

—No sé qué versiones habrán llegado hasta ti. Yo quisiera darte la verdad exacta; decirte lo que ocurrió de verdad.

—Lo único que sé es que mi madre mató a un hombre.

—En efecto, así fue.

—Y que lo hizo por tu culpa.

—Lo hizo para evitar un asesinato.

—¿A quién trataban de asesinar? ¿A ti?

—Sí.

—Debió dejar que lo hicieran —dijo la muchacha ásperamente.

—Veo que sientes por mí un gran aprecio.

—No sé qué has hecho con mi madre —dijo ella con voz ronca —. Antes era una mujer tranquila, apacible. Desde que te conoció a ti, todo parece haber cambiado. ¿Por qué le importas tanto? ¿Qué secreto es el que os une a los dos?

Bob apretó los labios. Lamentaba con toda su alma no poder explicar el hecho que lo hubiera justificado todo. No poder contar a Marta que había encontrado a Laura después de ser ultrajada por Gordon. Y que desde entonces los acontecimientos se habían precipitados sin culpa ninguna de los dos.

Ella preguntó:

—¿Por qué no me contestas?

—Sólo te diré que un hombre hizo daño a Laura; mucho daño. Y que ese hombre debe morir.

—¿A quién te refieres?

—No puedo decírtelo.

Ella reflexionó unos instantes. Sus ojos se convirtieron en dos bolitas de acero.

—Tú has estado preguntando mucho por Gordon.

—No tiene nada que ver; busco trabajo y he pensado que él podría proporcionármelo.

—Mientes. Has estado preguntando por otra cosa. Quieres matar a Gordon. ¿Qué le hizo él a mí madre?

—Nada.

—¿Qué le hizo?

La pregunta de Marta había sido casi un grito. Pero Bob estaba decidido a no pronunciar una sola palabra que pudiera perjudicar a Laura.

—No ocurrió nada entre ella y Gordon; olvida eso.

—A Gordon le gusta mi madrastra —dijo ella sombríamente, mientras se pasaba una mano por los ojos—. La gente no sospecha nada, pero yo me he dado cuenta de algunos detalles. Y ahora adivino que tal vez… Dios mío, no es posible… ¿Acaso Gordon intentó ultrajar a Laura?

Bob se mordió nerviosamente el labio inferior.

—¡He dicho que olvides eso!

—Tienes mucho interés en que no se hable una palabra más sobre este asunto —dijo Marta ásperamente—. Y eso me hace imaginar lo que sucedió. Ahora… empiezo a comprenderlo todo.

Bob guardó silencio. No le gustaba el giro que había tomado aquella conversación, pero ya estaba hecho. Además, quizá fuese mejor que Marta conociera de una vez la verdad desnuda.

Los ojos de la muchacha habían cambiado. Ahora despedían un brillo que delataba a la vez el odio y las lágrimas.

—Comprendo lo mucho que ella debe odiar a ese hombre —balbució—. Comprendo que desee su muerte con toda su alma.

Bob seguía guardando silencio.

De pronto sintió en su rostro la mirada de la mujer, una mirada inesperadamente cálida.

—Eso te justifica —susurró Marta—. Lo que en realidad has querido ha sido ayudar a mí madrastra.

—Las cosas rodaron así —murmuró él—. Ni ella ni yo tenemos la culpa.

—Reconozco que mi madrastra es una mujer muy tentadora —dijo Marta con voz suave—. Aquí, en estos lugares del Oeste, más vale a veces ser una mujer fea. Cottet también estaba enamorado de ella, y por eso te provocó. Su muerte ha desencadenado una serie sangrienta que no sé cuándo terminará.

—Cuando Gordon haya muerto —dijo Bob, con tono de convicción.

Ella se puso en pie.

Su figura esbelta, juvenil, pareció llenar de vida aquel despacho donde sólo se hablaba de dinero, aquel despacho demasiado severo para ella. Bob pensó —en contra de su voluntad— que nunca había visto una mujer más bonita. Y se sintió avergonzado porque él había estado con Laura. Porque aquello le imposibilitaba para solicitar algún día el amor de Marta.

La muchacha se situó frente a él.

«¡Qué bonita es! —pensó Bob, sin querer mirarla—. ¡Qué endiabladamente bonita es!».

—Ponte en pie —pidió Marta.

El obedeció, sin saber muy bien adonde quería ir a parar la muchacha.

—Me dijiste hace muy poco que tú te quedarías en la ciudad hasta que me besaras —murmuró ella.

—Sí, eso dije.

—Pues bien, bésame.

La inesperada proposición dejó helado a Bob.

Nunca había imaginado que ella le propondría aquello, que se le ofrecería así, con tanta facilidad, con los ojos brillantes y la boca entreabierta.

Bob tardó unos instantes en reaccionar. Luego, musitó:

—¿Por qué haces esto, Marta?

—Imagina que me he enamorado de ti.

—Sé que no es cieno.

—Imagina entonces lo que quieras. Pero bésame.

—Y después debo largarme de la ciudad, ¿no?

Ella dijo como un eco:

—Sí. Después debes irte de la ciudad.

—¿No quieres que haya más muertes?

—No quiero que mi madre se vea envuelta en más conflictos.

—Pues los conflictos vendrán solos si Gordon sigue vivo.

—A Gordon lo dominaré yo —dijo ella con voz entrecortada—. ¿Crees que a un hombre sólo se le puede dominar matándolo?

—¿Lo dominarás con tu belleza? —dijo él, con súbita sospecha —. ¿Qué has querido decir?

Ella rió por primera vez. Sus labios, tan cercanos, produjeron un estremecimiento en todo el cuerpo del hombre.

—Tienes una idea un poco primitiva de la vida, Bob —susurró Marta—. Para dominar a Gordon no necesito ni siquiera mirarle a la cara. Sabes que tiene muchos negocios, ¿no? Y que es una personalidad aquí. De acuerdo, todo eso es cierto, pero yo te diré en confianza que todos sus asuntos están montados en el aire. Aunque Gordon gana mucho, aún gasta bastante más. Debe grandes sumas al Banco. En cinco minutos, puedo dejarle prácticamente en la calle.

—Comprendo —musitó Bob.

—Si se atreve a poner sus ojos en Laura otra vez, si se atreve a dirigirle la palabra, lo lamentará durante toda su vida. Le arruinaré, le hundiré para siempre.

Bob entrecerró los ojos un momento.

—Entonces, ya no hace falta matar a Gordon, según tú.

—No. Y lo que quiero es que te vayas. No deseo que corra más la sangre.

—Puedo irme sin besarte —musitó él—. No necesito que lo hagas a la fuerza.

—¿Y si te lo pidiese por mi propia voluntad?

Bob miró intensamente a la muchacha.

Necesitó parpadear un momento, porque casi le deslumbraba el brillo de los ojos de Marta.

Se dio cuenta con extrañeza, casi con estupor, de que aquello era cierto.

Un cambio sutil se había producido en Marta. Ya no era la muchacha fría, responsable, seria, que él había conocido. Ya no era la mujer que estaba tras la mesa de un director de Banco. Ahora era una muchacha que sentía el palpitar de su corazón, el calor de su

sangre. Sus manos casi temblaban al posarse levemente en el pecho de Bob.

Éste acercó un poco más los labios. Fue a besarla.

Todo su cuerpo vibraba de pasión. El corazón le hacía daño en el pecho.

Pero de pronto fue como si un rayo le detuviera.

Laura, el recuerdo de Laura.

Él la había besado poco antes. La había besado durante una noche interminable. Aunque Laura no fuese la madre, sino la madrastra de Marta, aunque ambas no llevaran la misma sangre, ¿podía honradamente besar a la muchacha que estaba ante él?

¿No sería el suyo un acto de descarado cinismo?

Retiró, poco a poco, muy suavemente, las manos de Marta.

Ella susurró:

—¿Qué te sucede, Bob?

—Nada…

—Te prometo que no lo hago a la fuerza. Lo hago porque… bueno, nunca me había ocurrido esto.

—¿Es que quizá nunca te habían besado, Marta?

—No.

El sintió que se estremecían las manos con las que aún sujetaba los dedos de la muchacha.

Sintió un deseo loco de estrecharla en sus brazos, de beber la vida en aquella boca.

Pero la soltó lentamente.

—Para el primer beso —dijo con suavidad—, tienes que elegir un hombre más digno que yo.

Y salió del despacho sin querer ver los ojos húmedos de Marta.

Estaba tan confuso, tan avergonzado de sí mismo, que sintió algo que no había sentido nunca: Necesitaba un trago, necesitaba beber hasta hartarse. Por eso se dirigió al *saloon*.

Pero allí le aguardaba una sorpresa.

CAPÍTULO X

Se acodó en la barra y pidió *whisky*.

—¿Un vaso?

—No. Deje la botella.

—Como quiera amigo, pero si piensa bebería toda, le aconsejo que pague por adelantado su entierro.

—Quizá sea eso lo que necesito, al fin y al cabo.

Se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Y estaba sirviéndose otro cuando de pronto notó que algo duro se clavaba entre sus costillas.

Había permanecido tan absorto en sus propios pensamientos, que no adoptó la menor precaución. No se fijó para nada en la gente que salía y entraba.

Y ahora aquel tipo estaba a su lado.

Con un «Colt» 45 apuntándole al corazón.

Bob se dio cuenta de que no había escapatoria, y no hizo por tanto movimiento alguno para defenderse. Simplemente volvió la cabeza para ver a su enemigo.

Éste era un tipo alto, recio, pero que no tenía aspecto de vaquero como los hombres que había matado antes, todos ellos pertenecientes a la banda de Clark Malone.

Adivinó inmediatamente que su nuevo enemigo pertenecía a otro grupo, aunque no supo decir a cuál.

La situación, por otra parte, era peor de lo que Bob había imaginado. Porque detrás de aquel hombre había otro, también con parecido aspecto, y que igualmente llevaba en la derecha un «Colt».

Bob preguntó con voz tranquila, sin embargo:

—¿Qué ocurre? ¿Vienen a detenerme porque piensan que no he pagado la cuenta del hotel?

—El asunto es muy distinto, amigo.

—¿Sí?

—Vuélvase hacia su derecha.

Bob lo hizo. Vio entonces a otro individuo que también estaba apoyado en la barra y le miraba fijamente.

Iba vestido con mucha elegancia, de una manera casi ostentosa. En sus manos había numerosos anillos. Llevaba levita negra, pantalón color gris y, echado sobre la nuca, un inmaculado sombrero blanco.

—Creo que usted ha preguntado por mí —dijo aquel hombre.

Los dientes de Bob rechinaron un instante.

Por fin tenía delante el tipo a quien había buscado. El maldito perro al que quería matar.

¡Pero en qué condiciones!

Se había dejado sorprender, y ahora era el otro el que tenía todas las ventajas para matarle a él.

—Sí, he preguntado por usted —dijo lentamente Bob—… en el caso de que se llame Gordon.

—Ése es mi nombre.

—Quería hablar con usted, Gordon.

—¿De qué?

—De mujeres.

El camarero que había estado atendiendo a la barra lanzó una carcajada. «¡Está bueno, está bueno!», gritó. Pero su risa se fue quedando helada al ver la expresión de Gordon.

—Pe… perdone —balbució.

Gordon esbozó una leve sonrisa, sin dejar de mirar a Bob.

—¿Quería hablarme de mujeres —preguntó— o quizá de una sola mujer en concreto?

—Supongamos que de una sola mujer.

—Muy bien, entonces hable.

—Lo que he de decirle no puede oírlo cualquiera.

—¿Tal vez es algo grave? ¿Tal vez esa mujer a que usted se refiere se siente molesta conmigo?

Los labios de Bob apenas se entreabrieron para decir:

—Es usted un maldito hijo de perra, Gordon.

Las facciones del hombre se volvieron lívidas.

—¿Se da cuenta de lo que ha dicho?

—Añadiré algo más. Añadiré que su padre tuvo, al menos, el consuelo de no enterarse de que usted había nacido.

Gordon, cuyas facciones habían pasado, bruscamente a ser de color rojo, aulló:

—¡Dale, Lyndon! ¡Dale bien!

Lyndon resultó ser el tipo que ya estaba encañonando a Bob. Apartó el revólver instantáneamente y le golpeó con él en la nuca. Lo hizo con una precisión y una fuerza que dejaron asombrado a Bob.

Éste, además, no podía defenderse, porque el otro individuo también le estaba apuntando desde un poco más allá. Y había que contar con que Gordon no debía ser manco.

Bob sintió que sus rodillas vacilaban.

Recibió otro golpe y cayó de bruces antes de poder reaccionar.

Gordon ordenó tranquilamente:

—Levantadle. Y al diablo con su revólver.

El joven sintió que le desposeían de su «Colt», y al instante dos hombres le sujetaron, uno por cada lado, poniéndole en pie e inmovilizándolo al mismo tiempo.

Gordon se acercó tranquilamente. Una burlona sonrisa flotaba en sus labios.

Pero le duró poco.

Bob, ya que no podía defenderse con otra cosa, levantó ambos pies al mismo tiempo, apoyándose en los dos hombres que lo sujetaban.

El doble impacto alcanzó de lleno a Gordon en el rostro. Lanzó un rugido de rabia y de dolor y cayó hacia atrás, mientras su boca se llenaba de sangre.

Pero Bob ya no pudo repetir aquel golpe.

Inmediatamente, los dos hombres que lo sujetaban lo levantaron en vilo, tendiéndolo de bruces sobre la barra. De ese modo Bob sólo podía dar puntapiés al aire.

A pesar de que se contorsionó, de que hizo todo lo posible por liberarse, aún estaba algo aturdido por los culatazos y sus enemigos conocían bien la técnica de inmovilizar a un hombre.

Gordon se acercó, entreabriendo su boca sanguinolenta.

—¡Sujetadle bien! —masculló—. ¡Que no se mueva!

No, Bob no podía moverse. Sus dos enemigos realizaban el

trabajo perfectamente.

Miró la mano derecha de Gordon, donde relucía una verdadera colección de anillos, todos ellos con piedras preciosas que debían cortar como puñales.

Pronto el joven tuvo ocasión de experimentarlo en su propia piel.

El primer impacto le rasgó la mejilla de un lado a otro. El segundo pareció penetrar hasta el fondo de su sien izquierda.

Bob no gritó. Se limitó a repetir a la cara de Gordon lo que antes había dicho:

—¡Maldito hijo de zorra!

Gordon pareció volverse loco. Golpeaba y golpeaba salvajemente, rugiendo al darse cuenta de que deshacía la cara de su víctima. Cuando hubo convertido en una masa sangrante las mejillas de Bob, se ensaño con sus párpados. Bob tuvo que apretar los ojos fuertemente, comprendiendo que de otro modo podía dejarle ciego. El dolor que sentía era ya insufrible; llegaba en oleadas cada vez más intensas a su cráneo, haciéndole sentir una oscura sensación de locura.

El dueño del *saloon* apareció de pronto por una de las puertas.

—¡Basta, Gordon! —aulló—. ¡Va a matarlo! ¡Basta!

Pero Gordon no cejó.

Por el contrario, parecía encontrar un satánico placer en desfigurar el rostro de su víctima.

—¡Claro que voy a matarlo! ¡Pero voy a matarlo lentamente! ¡Lo desharé con mis manos!

De pronto se calmó. Parecía muy cansado.

A Bob, que estaba a punto de perder el conocimiento, aquel brusco fin del castigo le pareció inexplicable.

Gordon jadeaba.

—Soltadlo —masculló—. Ya tiene bastante por esta vez…

Los batientes del *saloon* se entreabrieron en aquel momento. El *sheriff* de Richfield entró en el local.

—¿Qué ocurre aquí?

En realidad la pregunta era innecesaria, porque lo acababa de ver perfectamente. Sus facciones estaban demudadas.

—¿Qué ha hecho, Gordon?

Gordon se limpió con un pañuelo la sangre que empapaba su

mano derecha.

—Este tipo me buscaba para matarme —mascullió.

—¿Qué pruebas tiene de ello?

—Lo sabe toda la ciudad.

Bob, al quedar libre, dio una vuelta sobre la barra que para él había sido un auténtico potro de torturas, y cayó blandamente al suelo.

—Gordon no miente —dijo desde allí—. En efecto, yo le buscaba para matarle.

—¿Y dónde está su revólver?

—Gordon se lo hizo quitar —denunció el camarero.

—Y no sólo eso, sino que fueron tres contra uno —añadió el *sheriff* con facciones impenetrables—. Muy bien, Gordon, dese preso.

—¿Por qué?

—Por intento de asesinato.

Bob se puso en pie dificultosamente.

Sus facciones eran una máscara.

—No ha tratado de asesinarme —mascullió.

—¿Es que aún le defiende?

—Sólo trataba de darme una lección —añadió Bob.

—¿Y se la ha dado?

—No.

Gordon le miró con contenida ira.

—¿Es que aún no tienes bastante?

—¡Basta! —mascullió el *sheriff*—. De momento voy a detenerle, Gordon. Quiero aclarar todo esto. Y en cuanto a usted, Donovan, necesita que le vea el médico. Por cierto, ¿tiene alguna acusación concreta que hacer contra Gordon, aparte de lo que acaba de suceder?

Bob vaciló un segundo, sólo un segundo. Si denunciaba que aquel tipo había violado a Laura, existían grandes posibilidades de que le condenaran a muerte. Pero con ello, toda la población conocería algo que la mujer tenía interés en ocultar. Ésa fue la razón de que apretase los labios.

—Si tiene algo de qué acusarle, hágalo ahora —apremió el *sheriff*.

—No, no tengo nada.

—¿Entonces por qué quiere matarle?

—Es asunto mío.

El *sheriff* infló el pecho, respirando agitadamente.

—Bien, Donovan —masculló— queda usted expulsado de la ciudad y de todos los límites de este condado. Si vuelvo a verle aparecer por aquí le haré ahorcar, ¿comprende? No le exijo que cumplimente esa orden en seguida porque necesitará cuidados médicos, pero si dentro de dos días está aún en Richfield bailará al extremo de una cuerda. ¿Me ha entendido bien?

—Perfectamente.

—¡Pues largo de aquí!

Se daba cuenta de que al andar iba dejando un espeso rastro de sangre. Y de que sus ropas estaban empapadas.

Sentía como si le hubieran quemado la cara con un hierro rojo.

Atravesó la calle, llegó hasta la casa del médico e hizo sonar la campanilla de la puerta.

Cuando ésta se abrió, cayó de bruces, sin fuerzas, incapaz de resistir un minuto más.

CAPÍTULO XI

Tenía la cara completamente vendada.

—Tendrá que estar así dos días —le había dicho el médico—. Las heridas, aunque muy numerosas, son poco profundas y cicatrizarán pronto. Pero su cara no volverá a tener un aspecto normal hasta que transcurra mucho tiempo. ¿Sabe que he tenido necesidad de coserle un párpado? Por poco le dejan ciego.

Bob recordaba todavía aquellas palabras como si la voz sonara en el fondo de una lejana pesadilla.

Habían transcurrido dos días desde entonces.

No se permitió que nadie entrase a verle. No se le administraron tampoco calmantes.

Bob mismo lo había pedido.

«Necesito estar despierto, doctor. Necesito poder manejar un revólver porque sé que estoy condenado a muerte».

Los dos días habían sido de un dolor insufrible, porque el joven aún sentía como si le hubieran quemado la cara. Y al cicatrizar las mil pequeñas heridas, aún fue peor.

Ahora el dolor iba cediendo.

Fue recuperándose lentamente, aunque sentía una gran debilidad a causa de la falta de alimento —pues no había podido tragar bocado— y de horas de sueño, ya que el dolor no le había dejado dormir.

El médico entró entonces en la habitación.

—Vaya, vaya… —dijo—. Parece que está más animado…

—¿En qué lo nota?

—En lo único que se le ve: En los ojos…

—Lo único que yo quiero es salir de aquí, doctor.

—¿Para meterse en nuevos líos?

—Para lo que sea.

El médico hizo un gesto de resignación y se sentó en un taburete, junto a la cama.

—Voy a quitarle los vendajes, y si todo está como espero, le daré de alta. Pero durante mucho tiempo no podrá exponerse a que le aticen un puñetazo, su piel sangraría en seguida.

—Comprendo.

El médico quitó poco a poco las vendas. Luego, durante algunos instantes, miró fijamente el rostro de Bob.

Éste esperaba su veredicto con ansiedad. Se preguntaba si había quedado deforme, si las huellas de la brutal paliza quedarían marcadas en su rostro para toda la vida.

—¿Cómo me encuentra, doctor?

—Mejor de lo que pensaba. Mírese.

Le ofreció un espejo. Bueno, aquello de «mejor» era un término muy relativo. Bob se dio cuenta de que tenía la cara llena aún de cicatrices, si bien éstas no deformaban sus facciones. Parecían como si le hubiesen tallado la cara a golpes de cincel. Ésta tenía una expresión de terrible dureza.

—Necesita afeitarse —opinó el médico—. Entonces se sentirá mucho mejor. Pero si quiere dejarse la barba para cubrir de momento las cicatrices, yo no tengo inconveniente.

—Prefiero afeitarme —dijo Bob.

—Le enviaré un barbero. Él lo hará mejor que usted.

Caminó hacia la puerta. Bob le detuvo al llamarle.

—Doctor.

—¿Qué?

—¿Alguien ha preguntado por mí estos dos días?

—Dos mujeres. Tiene usted suerte. Las dos mujeres más bonitas de la ciudad.

—¿Laura y Marta?

—Sí. Lo que me extrañó fue que ambas vinieran por separado.

—Gracias, doctor.

Bob quedó hundido en sus pensamientos.

Consultó de una manera maquinal su reloj, que descansaba sobre la mesilla.

Al fin de aquel día expiraba el plazo que le había dado el *sheriff*. Él tendría que largarse de la ciudad.

¿Iba a obedecer? ¿Iba a dejar que Gordon quedase libre y en situación de perseguir a Laura y repetir otra vez su «hazaña»?

Ella lo había dicho claramente: «Es mi peor enemigo».

Y Bob estaba dispuesto a matarlo. Estaba dispuesto a matarlo antes de que llegara la noche.

* * *

El barbero entró.

—Me ha dicho el doctor que viniera.

—Sí. Ya ve cómo tengo la cara… El matasanos, al parecer, piensa que si me afeito yo voy a degollarme.

—Sí, ya veo que tiene la cara bastante marcada… Bueno no importa. Le afeitaré con suavidad.

Bob, que ya se había vestido y lavado completamente, tomó asiento en una silla, frente al único espejo un poco grande que había en la habitación.

El barbero le puso un gran paño blanco en torno al cuello y sobre el pecho. Luego le enjabonó la cara con mucho cuidado.

—Usted debe saber muchas cosas —dijo Bob—. Los barberos están enterados de todo.

—Sí, señor.

—¿Qué ha sido de Gordon?

—Lo tuvieron detenido un día. Luego salió.

—¿Tan pronto?…

—Es un hombre influyente. El *sheriff* no se atrevió a retenerlo más tiempo.

—¿Y sigue en la ciudad?

—Sí, desde luego. Parece como si… Bueno, parece como si esperara que usted saliese.

Bob dijo sombríamente:

—Mejor.

—¿Va a enfrentarse con él?

—Es más que posible.

El barbero sonrió silenciosamente.

—Pues tenga cuidado. Es un tipo muy peligroso…

—Lo sé.

Bob ya tenía enjabonada la cara. La navaja pasó con suavidad sobre su piel, eliminando la barba de dos días. Las cicatrices dolían,

pero ninguna de ellas se abrió nuevamente.

Pronto todo el rostro estuvo afeitado.

Bob, que sentía un gran cansancio después de dos noches de insomnio, cerró un momento los ojos. En aquel momento la navaja terminaba de repasarle el cuello.

La hoja de acero se apartó de su piel.

Bob abrió en aquel momento los ojos.

Y lo adivinó. Vio la luz demoníaca que había en las pupilas de aquel hombre.

El «barbero» —porque ahora se daba cuenta de que no lo era en realidad, pese a conocer bien el oficio— se había transformado completamente.

Ahora había alzado la navaja con un gesto salvaje, buscando seccionar la yugular del joven.

Lanzó un rugido al ver que había sido descubierto. Descargó su golpe, y Bob tuvo el tiempo justo para levantar la mano izquierda.

La navaja cayó sobre la muñeca. Le hizo un corte allí, pero ni mucho menos tan grave como el que le hubiera producido en el cuello.

Con la otra mano, Bob sujetó la derecha de su enemigo, mientras se levantaba de la silla.

Aunque estaba muy débil, aún le sobraban fuerzas para vencer a un aprendiz de asesino como aquél.

Haciendo una hábil presa, lo volteó por encima de su cabeza. Se oyó un chillido. Una nueva vuelta de campana, y el enemigo de Bob salió despedido como un proyectil, rompiendo los cristales de la única ventana que había en la habitación.

El grito se repitió cuando el hombre caía a la calle.

Bob le vio estrellarse sobre el polvo. Si no estaba muerto, al menos le quedarían muy pocas ganas de repetir su hazaña otra vez. Vio que varios hombres corrían hacia el caído.

Las voces llenaron la calle.

—¡Está muerto!

—¡Se ha roto el cuello al caer!

—¡Desde aquella ventana! ¡Lo han lanzado desde aquella ventana!

Bob notó que todos los rostros se volvían hacia él. Se retiró del hueco de la ventana y se apoyó en un costado de la pared,

respirando ansiosamente.

¿Quién era aquel tipejo que ahora yacía muerto en la calle? ¿Quién le habría pagado para que le cortase la yugular?

Pronto tuvo la respuesta. Desde la propia calle seguían llegando las voces.

—¡Yo conozco a ese tipo!

—¡Claro que sí! ¡Últimamente se le vio con la pandilla de Clark Malone!

Ahora Bob ya tenía la respuesta. Otro miembro de la banda que había tratado de vengarse de él. Ya debían quedar pocos, pero estaban resultando implacables. Bob se dio cuenta de que aquello no podía durar mucho.

Y se hizo dos firmes decisiones: Una, matar a Gordon aquella misma noche y otra, salir en seguida de la ciudad.

Quedaba una tercera decisión, que era olvidar todo lo sucedido allí, pero eso ya resultaba más difícil.

Bob se acabó de limpiar la cara y ciñó con movimientos maquinales su cinturón canana.

Pero no contaba con los otros.

CAPÍTULO XII

Él estaba en el primer piso de la casa del médico. Unas anchas escaleras descendían a la planta baja.

Pero apenas había puesto Bob los pies en el primer peldaño cuando se dio cuenta de que era muy fácil llegar abajo por allí… pero convertido en un fiambre.

Dos individuos esperaban abajo, con las armas preparadas. Hicieron fuego al verle aparecer.

Bob tuvo la suerte de verlos antes de que los otros apretaran los gatillos. De lo contrario, no hubiese podido contarlo. Se lanzó hacia atrás, dando casi la vuelta de campana en el aire, mientras las balas silbaban junto a su cuerpo.

Los dos pistoleros de la planta inferior no estuvieron seguros, en el primer momento, de si habían hecho blanco o no. Pero decidieron comprobarlo.

—¡Arriba! —gritó uno.

Subieron cribándolo todo con sus revólveres. Las balas picotearon junto al lugar que ocupaba Bob.

Éste apretó el gatillo sobre seguro, cuando la cabeza de uno de sus enemigos apareció al nivel del rellano.

Se oyó un alarido, mientras el pistolero se llevaba ambas manos a la cara. Un segundo después rodaba escaleras abajo, al tiempo que su compañero retrocedía.

Bob hubiera podido matar a éste también muy fácilmente, tirándole por la espalda.

Pero no lo hizo.

Simplemente abrió una de las ventanas, que daba a la calle y saltó.

Flexionó sus rodillas al entrar en contacto con el polvo de la

calzada justo cuando su enemigo salía de la casa. Los dos se encontraron frente a frente.

La distancia era corta. Unos diez pasos.

Puesto que ambos llevaban los revólveres en las manos, no necesitaron intercambiar ninguna palabra. No necesitaron tampoco hacer el menor gesto.

Todo estaba dicho entre aquellos dos hombres que sabían que la vida sería del más rápido.

Bob disparó primero, mientras inclinaba el cuerpo hacia delante.

Vio doblarse a su enemigo, que logró disparar también, pero al vacío. La bala arañó el adorno de uno de los tejados.

Luego, el pistolero se dobló hacia atrás.

Dio media vuelta y cayó de bruces, llevándose ambas manos al pecho. Era inútil intentar hacer algo por él, porque la bala le había atravesado el corazón.

Bob se dio cuenta de que todo el mundo le miraba. Otra vez se había convertido en el centro de atención de todos los habitantes de Richfield.

El silencio que le envolvió llegó a ser obsesionante durante algunos segundos. Casi angustioso.

Bob comprendió que no podía tardar en llegar el *sheriff*, y en efecto así fue.

El representante de la Ley apareció por la esquina del *saloon*. Quedó lívido al ver los dos muertos en la calle.

—¿Qué es eso?

Sólo en el último instante se dio cuenta de que allí estaba Bob Donovan.

—Veo que ya he dado con la respuesta —dijo el representante de la Ley—. Tenía que ser usted.

—¿Puedo darle una explicación, *sheriff*?

Antes de que Bob hablara, alguien gritó:

—¡Ha sido todo legal! ¡Se han enfrentado cara a cara! ¡Y esos dos muertos pertenecían a la banda de Clark Malone!

Los labios del *sheriff* se apretaron.

—Veamos, Donovan, explíquese.

—Es muy sencillo. El doctor llamó a un barbero para que me afeitase después de haber tenido que pasar yo dos días en la cama. Por lo visto ese tipo que está ahí, con bata blanca, usurpó su puesto.

—¿Qué quería? ¿Degollarle?

—Acertó, *sheriff*.

—¿Y los otros?

—Estaban esperando para liquidarme si la treta no daba resultado. He vencido porque les vi a tiempo, pero de lo contrario no lo contaría.

El *sheriff* se pasó una mano por la barbilla, como si no comprendiera. Barbotó al fin:

—¿Y el doctor? ¿Dónde infiernos está el doctor?

Para darle la respuesta, varios curiosos se lanzaron hacia la casa de la que acababa de salir Bob. Y regresaron unos instantes después trayendo al médico, demudado y más blanco que su bata, el cual aún se frotaba las muñecas que había tenido ligadas hasta entonces.

—Lo habían atado y amordazado —dijo uno de los que salían con él—. ¡Ah! Hay otro muerto adornando el vestíbulo.

El *sheriff* miró a Bob pensativamente.

—Vaya… Veo que otra vez ha tenido razón, amigo.

—No he hecho más que defender mi piel.

—Pues para estar medio muerto como estaba, ha hecho bastante trabajo.

—No tengo yo la culpa de lo que sucede, *sheriff*.

—No, nadie tiene la culpa… Oiga, Donovan. ¿Sabe lo que significaba antes la banda de Clark Malone?

—Pues… no.

—Era un grupo sencillamente invencible. Nadie podía nada contra esos tipos.

Bob guardó silencio.

—¿Y sabe lo que ha hecho usted? —masculló a continuación el *sheriff*.

—¿Qué?

—¡Eliminarla! ¡La ha hecho desaparecer por completo! ¡Sólo queda ya un miembro, aparte el propio Clark Malone!

Bob parpadeó sorprendido. El mismo estaba extrañado de que las cosas hubieran podido suceder así.

El solo quería llegar al mar…

—Supongo que debería estar agradecido, *sheriff* —fue todo lo que se le ocurrió decir—. ¿O quizá no deseaba que esa banda fuera eliminada?

—¡Claro que lo deseaba!

—Entonces…

—Hablamos de eso el otro día, Donovan. Hubiera preferido de todos modos tener a esos tipos lejos de aquí, y usted los ha atraído. ¿Sabe quién es el último pistolero que queda?

—No.

—Garfield.

—Lo he oído nombrar.

—¡Claro que lo ha oído nombrar! ¡Tira tan bien como el mismísimo Clark Malone! ¡Y seguro que vendrá aquí dentro de poco, buscando a sus compañeros!

—Lo siento, *sheriff*. Yo no puedo hacer nada.

—¡Sí que puede! ¡Lárguese y haga que Garfield le persiga fuera de la ciudad! ¡Además, le he expulsado!

—No lo olvido.

—¿Entonces, por qué no se larga?

—Aún me quedan algunas horas.

El *sheriff* pareció quedar asombrado durante unos instantes.

—¿Algunas horas?

—Los dos días completos que me dio, aún no han transcurrido. Y pienso quedarme hasta el final.

—¿Puedo saber por qué?

—Claro que sí, *sheriff*. Para matar a Gordon.

El representante de la Ley arqueó una ceja.

—Si levanta una sola mano contra él lo lamentará, Donovan. Y va a empezar por entregarme su revólver.

—Lo siento, *sheriff*. Esta vez no pienso obedecerle.

—¿Sería capaz de disparar contra mí?

—Lo lamentaría, pero lo haré si no me queda otro remedio…

El *sheriff* contuvo la respiración.

Tenía que demostrar su autoridad. Todos en la ciudad tenían que ver que él seguía siendo el más fuerte.

—Su arma, Donovan —susurró—. Se la pido… por última vez.

—Venga a por ella, *sheriff*.

El hombre de la estrella se inclinó rapidísimamente. Cerró los dedos sobre la culata, mientras rechinaba los dientes. Estaba dispuesto a tirar a matar.

Pero no llegó a apretar el gatillo.

De pronto, el «Colt» pareció esfumarse de entre sus dedos, diríase que el metal se había puesto al rojo vivo. Lanzó un grito mientras el índice se cerraba sobre el gatillo, pero sin que el percutor golpeara en ninguna parte. Simplemente, el revólver del *sheriff* ya no existía.

El representante de la Ley en Richfield miró asombrado su mano derecha. Nunca había visto un disparo tan asombroso como aquél.

Y se dio cuenta también de que ahora estaba a merced de Bob Donovan. No podía impedir que éste le rematara con su próxima bala.

Alzó sus ojos, en los que por primera vez palpitaba el miedo.

—¿Qué va a hacer? —farfulló.

Bob dejó caer lentamente el revólver en su funda.

—Nada —dijo—. No voy a hacer nada, *sheriff*, sólo voy a esperar…

Dio un cuarto de vuelta y echó a andar a lo largo de la calle, apartando a los que habían contemplado la escena.

Un silencio que helaba la sangre se había hecho sobre las calles, sobre la ciudad entera de Richfield.

* * *

La calle parecía interminable.

Todo estaba solitario.

Diríase que la población entera se había congregado en el lugar donde él se enfrentó con el *sheriff*, dejando el resto convertido en algo así como el paseo de un cementerio.

De pronto vio ante él una figura blanca. Estaba quieta, esperándole en el porche solitario. A los ojos cansados de Bob se mostró como una aparición.

Él se detuvo al reconocer a Marta.

No sabía por qué, pero el corazón le latía sordamente, le dolía dentro del pecho.

Se detuvo a un paso de la muchacha. Le miraba fijamente, con los ojos húmedos.

—Traté de verte, Bob —susurró ella—, pero no me lo permitieron.

—Lo sé.

—Tienes… tienes la cara llena de cicatrices.

—Es un recuerdo de Gordon. Un buen recuerdo.

—Pero no te perjudican. Ahora eres… ¿cómo te lo diría?… Más viril.

—Tienes una forma muy consoladora de decir que me han hecho cisco la fachada.

—Repito que no te perjudica tanto como crees. ¿Por qué no dejes de pensar en ello? ¿Por qué no dejas ya de pensar en Gordon?

—No puedo.

—¿Lo has intentado?

—Con todas mis fuerzas.

—¿Y por qué ese odio?

Bob no supo por qué lo dijo. En realidad, la voz surgió casi en contra de su voluntad, sin que él se diera cuenta.

—Gordon ultrajó a tu madre.

—¿Qué… qué dices?

Las facciones de Marta se habían vuelto de color ceniza.

—Lo siento, muchacha —farfulló él—. Comprendo que no debí mencionarlo. Lo he hecho porque esa verdad ya me quemaba dentro. Porque quiero que al menos tú sepas que no mataré a Gordon sólo por el placer de matarle.

Ella se había apoyado en la columna más cercana del porche. De pronto Bob tuvo la sensación de que no le escuchaba, de que Marta se hallaba embebida en sus propios pensamientos.

La muchacha parecía sencillamente consternada.

La noticia le había afectado en muchos sentidos y de una manera muy profunda; la había afectado especialmente en algo que Bob no sospechaba.

Lo comprendió cuando ella dijo:

—Si quieres matar al hombre que ultrajó a mí madre es porque… porque la amas a ella.

Bob quedó paralizado unos instantes. Hasta sus pensamientos parecieron detenerse.

Se daba cuenta de que lo que acababa de decir Marta era más importante de lo que parecía.

—Haría eso por cualquier mujer —susurró.

—Pero mi madre, es decir mi madrastra, es muy bonita. Y casi tan joven como yo.

Bob tragó saliva lentamente.

—Puedo asegurarte que… no estoy enamorado de ella.

—¿Nunca lo has estado?

—No estoy enamorado de ella —susurró él, esquivando la pregunta—, pero tampoco soy digno de ti.

—¿Por qué?

—Hay una montaña de razones, Marta. Y una de ellas me parece muy importante.

—¿Cuál?

Bob se mordió el labio inferior.

Recordaba los besos en la intimidad de la alcoba de Laura. Recordaba aquella noche loca.

Cierto que tenía la excusa de que aquello no lo había iniciado él, sino Laura. Pero de todos modos había sucedido y ya era suficiente.

—No soy digno de ti —repitió.

—¿Acaso te avergüenzas porque yo soy la hija de Clark Malone?

—No… Lo que pienso es justamente todo lo contrario. Tú mereces algo mejor.

La muchacha parpadeó.

No se daba cuenta, y aquello era, sin embargo, una verdadera declaración de amor. Aunque ninguno de los dos había pensado conscientemente en ello, estaban hablando de su destino.

—Quizá tus palabras son una manera elegante de decir que te parezco demasiado rica —musitó ella—. Posiblemente te sientas inferior ante una mujer que es dueña de un Banco.

—Nunca me he sentido inferior ante ninguna mujer —susurró él —, pero ése es un inconveniente, en efecto.

—¿Sabes que pensaba dejarlo todo, para cuando sean exigidas responsabilidades a mí padre? A pesar del dinero que repartí entre los perjudicados, el juez dirá que ese negocio, el del Banco, es producto de muchos robos y, que no puedo tenerlo legalmente. Además, en conciencia, así debe ser. Había pensado dejarlo todo y reservarme sólo una parte, la de los sueldos que me corresponden por haberlo dirigido durante estos últimos tiempos, y que nadie me puede discutir. Con ello había pensado también… —Se llevó un momento las manos a las sienes, cerrando los ojos—. ¡Oh, pensarás que soy una estúpida! Con ello había pensado comprar un rancho y vivir allí… en tu compañía. Los dos tendríamos que trabajar duramente, sobre todo tú, pero sería una vida sana, limpia, sin

intrigas… —Abrió los ojos—. Claro que todo esto es, en verdad, una tontería. Quizá yo sea demasiado joven para saber lo que me conviene.

Bob la miraba conmovido. Nunca había escuchado unas palabras como aquéllas, tan sencillas y tan sensatas.

Pero, desgraciadamente, aquellos proyectos tendrían que realizarlos con otro. Marta no era una mujer para él. Bob se sentía manchado no sólo de sangre, sino también por los labios de otra mujer. La única a la que nunca debió besar.

Susurró:

—Nunca he conocido a una mujer como tú, Marta. Y sé que nunca volveré a conocerla.

Fue a alejarse. Ella le llamó:

—¡Bob!

Marta avanzó.

—Nunca he hablado con tanta sinceridad a un hombre, Bob.

—Lo sé.

—Casi me avergüenza haber confesado todo esto. De haber desnudado ante ti mi corazón de este modo, demostrándote que, al fin y al cabo, no soy más que una mujer que desea cariño. Pero me gustaría saber qué obstáculo insuperable hay entre nosotros, Bob.

El musitó:

—Imagina que me viera cara a cara con tu padre y tuviera que matarlo.

Marta ahogó una exclamación de horror mientras él daba media vuelta para alejarse de nuevo.

No, realmente Bob Donovan no tenía la menor intención de enfrentarse a Clark Malone. Ése no era asunto suyo, ¿pero y si Clark Malone decidía liquidarlo después de saber que había eliminado a toda su banda? ¿Qué iba a hacer entonces él, cuando se enfrentase cara a cara con el gatillo más peligroso de Utah?

Caminó a lo largo de la calle, con la cabeza hundida sobre el pecho. Otra vez tuvo la sensación de que las calles eran interminables, eternas. De que la ciudad de Richfield había crecido y estaba, sin embargo, silenciosa como un cementerio.

Sabía que nunca volvería a encontrar a una mujer como Marta, a la que había perdido para siempre.

CAPÍTULO XIII

Había una serie de cosas que tenían que suceder. Bob sabía que la ley fundamental del Oeste era la ley de la venganza. El equilibrio moral se restablecía muchas veces gracias a ella. «Ojo por ojo y diente por diente». Sólo después de la venganza imperaría la paz.

Eso significaba, ni más ni menos, que alguien trataría de cobrarse la sangre de los pistoleros de Clark Malone.

A Bob le había dicho el *sheriff* que quedaba un solo hombre en la banda. Un pistolero llamado Garfield, el cual tiraba como los mismos diablos. Bob había dado por descontado que no tardaría en encontrarlo en su camino.

Lo que no había supuesto era que ello ocurriese tan pronto.

Empezó a notar que algo extraño ocurría cuando vio que las calles seguían desiertas. Había llegado ya al lugar donde se enfrentó al *sheriff*, donde poco antes se agolpaba una verdadera multitud. Ahora, sin embargo, no había nadie. ¿Por qué?

Bob no lo comprendía. ¿Qué era lo que había hecho encerrarse a todo el mundo? ¿Por qué el *sheriff* se inhibía también, como si pensara que aquél era un asunto que Bob Donovan tenía que resolver solo?

De pronto lo entendió.

Una voz gritó desde el porche vacío que había a la izquierda:

—¡Donovan!

Bob se arrojó inmediatamente al suelo, mientras una bala le arrancaba cabellos de la cabeza.

Desde tierra, con el rostro materialmente empotrado entre el polvo, el joven apretó el gatillo rabiosamente, en dirección al lugar donde había sonado la voz. Vio una figura que se escabullía, pegado a las fachadas de las casas, mientras hacía fuego a su vez con una

increíble precisión.

Porque a pesar de la difícil posición en que se encontraba —el pistolero disparaba mientras corría a cobijarse—, dos de las balas se empotraron junto a la misma boca de Bob, llenándole los dientes de polvo.

El joven no tuvo duda de cuál era el tipo que se enfrentaba a él.

Tenía que tratarse de Garfield.

Al verlo entrar en la ciudad, todo el mundo había buscado refugio. Incluso al mismo *sheriff* debía haber pensado: «Si esos dos pistoleros se matan… ¡mejor!». Y ahora estaría tranquilamente en su oficina, esperando avisar al empresario de pompas fúnebres. La ciudad les pertenecía exclusivamente a los dos, a Garfield y a él. Sólo uno —si había suerte— quedaría con vida.

Bob avanzó sobre los codos, con el cuerpo pegado a tierra, buscando llegar al porche.

Dos nuevas balas llegaron hasta él, raseando las tablas. Una le rozó de tal modo, que su contacto le produjo una brutal quemadura en el labio superior.

Bob hizo fuego a su vez, tirando al bulto.

No podía apuntar bien a Garfield, como éste no podía apuntarle a él.

Tenían que tirotearse mientras buscaban nuevas posiciones, con la esperanza de cazar al otro en un descuido.

Pero los dos eran muy hábiles. Este descuido no se produjo.

Durante varios minutos sus revólveres vomitaron plomo a lo largo de la calle, sin que por un segundo los pistoleros quedasen al descubierto. Además, tampoco se quedaron sin balas ni un solo momento, a pesar de la frecuencia de sus disparos.

Ambos empleaban la misma táctica. Ya que el fuego era más bien de contención y ninguna bala tenía grandes posibilidades de resultar decisiva, disparaban sin demasiadas prisas. Cada dos golpes de gatillo, levantaban el cilindro y reponían las balas. De ese modo siempre tenían el «Colt» completamente cargado para cuando tuvieran la oportunidad de hallarse frente a frente.

Garfield dobló la esquina de la calle.

Ahora la posición era más peligrosa para Bob. No sabía si su enemigo le esperaría allí, justo en el ángulo de las calles, o bien se retiraría a algún refugio seguro.

También podía cruzar la calzada, ahora que estaba a cubierto, y aguardar oculto en el porche frontal. De ese modo, cuando Bob doblase la esquina y oteara el horizonte, lo liquidaría con facilidad.

Era muy difícil tomar una decisión, y a Bob no le quedaría más remedio que tomarla.

Decidió entonces no doblar aquella esquina. Era muy posible que la muerte aguardase allí.

Simplemente trepó por una columna del porche, subiendo a uno de los tejados.

Avanzando sobre los codos se deslizó hacia la esquina. El silencio que le rodeaba era total. Sólo percibía el roce de su propio cuerpo.

Llegó hasta el borde del tejado, justo en el ángulo que formaban las dos calles.

Se dio cuenta entonces de que sus temores no habían sido infundados. Garfield estaba en el porche frontal, esperando al abrigo de un enorme barril de agua. En circunstancias normales hubiera matado fácilmente a Bob, al doblar éste la esquina. No le habría dado tiempo ni a ver lo que había más allá.

Bob entrecerró los ojos. Pensó que podía matarlo.

Pero no lo hizo porque en Garfield, pese a su siniestra fama, había existido un principio de nobleza cuando empezaron aquel duelo.

Garfield le había avisado en el momento de disparar. Ahora él tenía que hacer lo mismo.

De modo que la situación de unos minutos antes se reprodujo, pero ahora a la inversa.

Bob gritó:

—¡Garfield!

Hizo fuego casi al mismo tiempo. Pero su enemigo fue tan hábil como él lo había sido poco antes.

La bala rozó su cabeza y se empotró en el barril, que inmediatamente empezó a lanzar un chorro de agua. Garfield hizo fuego a su vez, rechinando los dientes.

A pesar de la difícil situación en que se encontraba, las balas de su «Colt» rasearon el tejado, y si la primera rozó a Bob la segunda le produjo una punzada dolorosa en la oreja izquierda, a menos de un cuarto de pulgada de la sien.

A Bob no le quedó más remedio que dejarse caer a tierra. Allí estaba demasiado al descubierto. Dio dos vueltas de campana en el aire, mientras su enemigo abría fuego rabiosamente otra vez.

Ahora las balas no fueron tan certeras, quizá porque Garfield estaba muy nervioso. Bob cayó de bruces en medio del polvo de la calle, mientras su enemigo buscaba con los ojos un refugio, sin encontrarlo.

Ahora los dos estaban al descubierto, los dos cara a cara.

Bob caído en tierra. Garfield acuclillado. Pero los dos con los revólveres a punto.

Curiosamente, ninguno de ellos disparó.

Dos pistoleros cuando tienen varios hombres muertos a su espalda sienten la casi irresistible tentación de mirarse cara a cara. Uno desea comprobar la técnica del otro, desea superarle y vencerle. El desafío tiene para ellos la sugestión de una verdadera obra de arte; ambos sienten como si el plomo y la pólvora estuvieran en aquellos momentos rodeados de una belleza salvaje.

Poco a poco, se pusieron en pie.

Los dos se comprendieron con sólo mirarse. Los dos hicieron el mismo gesto.

Dejaron caer los revólveres en las fundas.

Estaban a diez pasos.

Garfield sonrió levemente.

—¿Te llamas Bob Donovan?

—¿Y tú te llamas Garfield?

El pistolero hizo más ancha su sonrisa.

—Que descanses en paz, Donovan.

—Que descanses en paz, Garfield.

Fue todo lo que se dijeron. Y llevaron sus derechas a las fundas con velocidad alucinante, sabiendo que a aquella distancia sólo el más rápido lograría sobrevivir.

Los dos disparos brotaron casi al mismo tiempo. Un profano habría dicho que los dos habían conseguido alcanzarse.

Durante unos segundos que parecieron interminables, los dos hombres, en pie, se miraron a los ojos.

Garfield avanzó un paso, dos…

Bob Donovan se mantenía espantosamente quieto.

De pronto Garfield lanzó una bocanada de sangre. Se inclinó y

en seguida cayó hacia delante, llevándose las manos al pecho.

La sangre había empezado a empapar ya su camisa. Bob comprendió al instante que su enemigo había sido alcanzado en el corazón.

Introdujo poco a poco el revólver en la funda, mientras veía cómo Garfield, ya en el suelo, daba una vuelta completa sobre sí mismo.

Y así, cara al cielo, lanzó su último suspiro.

Bob no sabía lo que sentía. En todo caso, hubiera podido jurar que no estaba alegre.

¡Diablos!, él… ¡él sólo había querido emprender un viaje para llegar hasta el mar!

Algunos rostros empezaron a asomar tímidamente por puertas y ventanas. Pero en aquel momento una voz los hizo desaparecer de nuevo, instantáneamente.

—¡Cuidado! ¡Es Clark Malone!

Bob reconoció aquella voz. Era la de Laura.

Se volvió con la rapidez del rayo.

* * *

Ante sus ojos apareció la calle vacía, polvorienta, donde no parecía haber un alma viviente.

Bob parpadeó sorprendido. Esperaba que Clark Malone estuviera allí, a la vista. Sin embargo… ¡no se distinguía a nadie!

Hasta que vio el reflejo en aquella ventana, a su derecha. Era como si alguien hubiera levantado un rifle.

Bob se echó instantáneamente para atrás, parapetándose en el porche, mientras sacaba su revólver.

La detonación brotó de la ventana donde él había visto el reflejo, pero el tirador no demostró tener una puntería demasiado afinada. El proyectil se empotró en el suelo, a más de una yarda de distancia del joven.

Éste tiró contra la ventana, haciendo simplemente fuego de barrera. No podía pretender derribar a su enemigo, pero al menos no le daría facilidades.

El reflejo metálico se esfumó. Pareció desintegrarse en el aire.

Luego otra vez volvió a hacerse el silencio, como si él y su enemigo fueran los únicos habitantes de la ciudad.

Bob sintió que el sudor empezaba a resbalar por sus facciones, hasta llegar a las comisuras de sus labios.

Comprendió que su enemigo estaba mucho más a cubierto que él y que gozaba de todas las ventajas. Le bastaba cambiar de ventana para tener un ángulo de tiro distinto, mientras que Bob no podía moverse ni medio palmo sin exponer su cuerpo a un balazo.

Resolvió jugárselo todo a una carta. Tenía que pasar al otro lado de la calle o acabaría siendo alcanzado.

Respiró fuerte, contrajo todos sus músculos… ¡y saltó!

La suya fue una corta, pero alucinante carrera en zigzag, mientras en torno suyo picoteaban las balas. Una de ellas le rozó la rodilla y le hizo caer con un espantoso calambre, pero ya estaba al abrigo del porche frontero.

Recargó nerviosamente su revólver y se dispuso a entrar en la casa desde la cual le habían disparado. Era un edificio que estaba en restauración, justamente al lado de donde vivía Laura.

Sintiendo que todos sus nervios vibraban, Bob fue avanzando pegado a la fachada, paso a paso.

* * *

Laura, después de haber lanzado aquel grito de advertencia, también había oído los disparos.

Pegada a un lado de la ventana vio cómo Bob saltaba hacia atrás y esquivaba el peligro.

La mujer había contenido la respiración. Estaba atenta a todo lo que ocurría en torno suyo y principalmente, a todo lo que ocurría en la calle.

El silencio parecía poder cortarse.

Diríase que Laura habitaba ahora en una ciudad vacía, una de las viejas ciudades muertas que aún eran frecuentes al borde de los desiertos.

Bob sabía estar esperando su oportunidad.

Seguramente se acercaba al lugar desde donde le habían disparado. La situación era indecisa.

Fue entonces cuando oyó aquellos pasos quedos en la habitación. Unos pasos que se aproximaban poco a poco.

Volvió la cabeza y vio a aquel hombre.

Más de una persona en la ciudad hubiera tenido una violenta

sorpresa al presenciar aquella situación. Y el más sorprendido, desde luego, hubiese sido Bob Donovan.

Porque aquel hombre, el recién venido que parecía tener entrada libre en la casa de Laura, era Gordon.

Los labios de la mujer se separaron un instante.

No se separaron para gritar.

No, ni mucho menos.

Se separaron para sonreír.

Corrió hacia Gordon y los dos cayeron uno en brazos del otro, besándose apasionadamente en la boca.

CAPÍTULO XIV

Cuando hubieron recobrado el aliento, cuando hubieron separado sus labios, aún se miraron unos instantes a los ojos, dejando que la pasión brillase en ellos, sin disimulo y sin escrúpulos.

Gordon susurró al fin:

—¿Todo bien?

—Todo perfecto.

—¿Cree que el que le ataca es Clark Malone?

—Sí. Yo misma he gritado que era él.

Gordon sonrió despectivamente.

—Pues va a llevarse una buena sorpresa.

La mujer se apartó unos instantes de él, mientras miraba por la ventana disimuladamente.

—Lástima que tu ayudante haya fallado el primer disparo —musitó—. Ahora Bob Donovan estaría muerto.

—Es igual —murmuró Gordon—. Ese fallo no tiene importancia. ¿Dónde está Bob ahora?

—Se acerca a esta casa.

—Luego seguirá pegado a la fachada, buscando penetrar en el edificio desde donde le han disparado. Magnífico.

Señaló otra ventana de la habitación.

—Se detendrá justamente aquí debajo.

—Y entonces… —rió Laura.

Gordon acarició la culata de su revólver. Verdaderamente ninguno de los dos necesitaba explicarse lo que sucedería.

El hombre se acercó a la ventana, extrajo el «Colt» y se mantuvo allí en actitud vigilante.

El silencio que le rodeaba era total.

Seguía pareciendo como si en la ciudad entera no habitasen más

que los muertos.

Bob tardaba. Claro que era lógico, puesto que debía avanzar con infinitas precauciones para no dar un paso en falso. Un solo descuido le resultaría fatal.

Laura se acercó a él. Su respiración cálida y anhelante le quemó la nuca.

—Si ese muchacho supiera que Clark Malone ya no existe… —susurró.

—Él nunca ha podido imaginar que lo mataste tú misma e hiciste desaparecer su cadáver.

—No, nunca lo imaginará.

Gordon sonrió torvamente.

—Nuestro plan ha sido magnífico —musitó—. Hay que tener en cuenta que Clark Malone y su banda habían llegado a significar un terrible peligro para ti.

—El solo quería de verdad a su hija —dijo ella con desprecio—. ¡A esa estúpida!

—Y lo dejó todo para ella —dijo Gordon, siguiendo el hilo de los pensamientos de la mujer—. Toda una fortuna que tú anhelabas… Ella era la única heredera. La heredera de un banco que es el mejor negocio de la ciudad. La heredera de los fondos secretos que Clark Malone tenía depositados en otros lugares. ¡La heredera de esta casa! Tú quedabas prácticamente anulada, Laura.

Seguía mirando con atención hacia abajo, pero Bob no aparecía. Sin duda se estaba moviendo muy cautelosamente, para no dar ninguna oportunidad a su emboscado enemigo.

—Clark Malone nunca me quiso —dijo ella roncamente—. En realidad, sólo me deseaba. Cuando se cansó de mí, se olvidó también de todo lo que me había prometido. Sólo su hija importaba para él.

—Reconoce —murmuró Gordon, riendo silenciosamente—, que tú tampoco habías sido una esposa demasiado fiel.

—Sí —dijo Laura roncamente—. El sospechaba lo nuestro.

—Reconoce también que por eso lo mataste a traición. Clark estaba receloso y podía haber pensado en acabar contigo.

—No lo niego —dijo Laura—, pero aquello ya terminó.

—Y ahora está a punto de terminar.

—¿No aparece Bob, aún?

—No, pero tengo la sensación de oír sus pasos.

Ella se apoyó en la pared, junto a la ventana, hundida de nuevo en sus pensamientos. Le gustaba estar así porque sus pensamientos eran gratos. Todo aquello significaba la culminación de muchos esfuerzos, de muchas horas de incertidumbre.

Ahora sólo faltaba que muriese Bob Donovan. Eliminado ese último peligro, todo quedaría perfecto.

—Después de su hija, yo era la heredera absoluta —susurró—. Si desapareciese Marta, la fortuna que había logrado amasar Clark Malone pasaría íntegramente a mí. Pero quedaba un peligro, que era la banda de Clark. Si llegaban a saber que él había muerto, se lanzarían encima del botín como lobos hambrientos. Nada les detendría entonces. Tenían que ser eliminados, como lo había sido Clark, para que yo pudiese quedar tranquila.

—Pero ni tú ni yo contábamos con fuerzas para enfrentamos a esos hombres —susurró Gordon—. Contratar pistoleros hubiera sido libramos de unos para pasar a depender de otros. Necesitábamos alguien que hiciese el trabajo *sin cobrar nada.* Un hombre desinteresado, alguien absolutamente honrado, como ese pobre muchacho.

—Y en realidad fue sencillo —dijo Laura, siguiendo siempre el hilo de sus ideas—. Yo había oído hablar de él a unos vaqueros. Me dijeron que era inquieto, aventurero y valiente. Y me anunciaron el día que iba a abandonar el rancho donde trabajaba. Sólo tuve que calcularlo todo para aparecer en su camino, con las ropas que tú mismo me habías desgarrado. Te acusé a ti de ultraje y él, naturalmente, lo creyó.

Hizo una pequeña pausa mientras miraba a Gordon. Éste seguía, atento, quieto, con todos los músculos en tensión.

—Eso le obligaba a dos cosas —siguió diciendo Laura en voz baja—. A quedarse en la población a protegerme. Naturalmente, el protegerme despertó la ira de Cottet, que estaba enamorado de mí. Y el matar a Cottet provocó el deseo de venganza de los demás miembros de la banda; tendría que enfrentarse a todos uno detrás de otro. Y si Bob era tan bueno como todos esperábamos, los eliminaría uno tras otro.

—Fue tan bueno como pensabas —murmuró Gordon—. El solo ha eliminado a toda una banda.

Laura giró la cabeza.

—Muerto él ya no quedarían enemigos —musitó—. Sólo tenemos que ocuparnos de Marta, y eso ¡será tan fácil! Podemos hacerla perecer en el accidente y luego bastará con justificar dos muertes —la de Clark y la de Marta— para que yo entre en posesión de toda la fortuna.

—Hay un pequeño detalle —murmuró Gordon—, que hasta ahora no habíamos tratado. ¿Cómo justificarás la muerte de Clark Malone? Recuerda que hiciste desaparecer su cadáver.

—Desde luego. Pero será muy fácil hacerlo aparecer de nuevo. Recuerdo muy bien dónde lo sepulté. También será fácil identificarlo.

—¿Y confesarás que lo mataste tú?

Laura lanzó una carcajada áspera, una carcajada que resultó chirriante, porque trató de que no se oyera.

—Claro que lo confesaré… ¿Es que alguien pide cuentas por eliminar a un criminal peligroso?

—¿Cómo justificarás ante el *sheriff* tu silencio hasta entonces?

—Diré que lo hice por delicadeza; por no herir a Marta, que al fin y al cabo era su hija. Pero al estar muerta ella también, ya nada me obliga a guardar silencio. Apareceré incluso como una mártir, como una mujer llena de delicadeza. ¡Habrá incluso alguien que llorará al oírme relatarlo en la oficina del *sheriff*!

Gordon rió silenciosamente también.

—Eres una mujer perfecta, Laura. Tu plan no tiene el menor fallo.

—Sí, —dijo inesperadamente ella.

—¿Cuál?

—Que Bob, en el fondo, me gustaba. Es una lástima que tenga que morir.

—Si quieres, cambias… —ironizó Gordon.

Laura le acarició el brazo lentamente.

—No, no cambiaría nunca… Tú eres el hombre que necesito, Gordon. Fuerte, decidido… y sin sentimientos. Sé que llegaremos muy lejos.

El hombre le dirigió una sonrisa torcida, mientras volvía otra vez su mirada a la calle.

—¿Pero por qué no habrá aparecido aún ese maldito Donovan?

—farfulló—. ¿Qué espera?

—Quizás espere, simplemente, a que terminéis de hablar —dijo entonces una voz desde la puerta.

* * *

Los dos se volvieron al mismo tiempo. Gordon lo hizo con el revólver preparado.

Pero la persona que acababa de entrar en la habitación silenciosamente no significaba para ellos un peligro inmediato. Aquella persona era la que más fácilmente podían eliminar en toda la ciudad.

Se trataba de Marta.

Marta les contemplaba desde el umbral, con una expresión que estaba más allá del desengaño, más allá del dolor.

Sus ojos no lloraban. Daban la sensación de que no podrían llorar nunca más; de que estaban espantosamente secos.

Laura jadeó:

—¿Cómo no estás en el Banco?

—He salido al oír el tiroteo. He pensado en el primer instante que se… que se trataría de Bob.

Era extraño que en un momento así pensase en él; que aún Marta tratara de justificar su presencia en la casa.

Laura y Gordon se miraron durante unos segundos, fue algo instintivo. Como en una inspiración, los dos pensaron lo mismo.

Marta estaba absolutamente destrozada, no creía en nada ya. Quizá creía solamente en Bob Donovan, el hombre que lo había sacrificado todo por ayudar a una mujer desconocida. Por eso, ¿qué importaba ya?

Ella no se defendería.

En este momento a la muchacha no le importaba morir.

Gordon alzó poco a poco el revólver. Laura lo notó y apretó los labios.

No sintió el menor dolor, la más mínima compasión por aquel crimen que se iba a cometer ante sus ojos.

—Alguna vez tenías que hacerlo, Gordon —musitó simplemente —. Hazlo ahora.

* * *

Bob Donovan, en aquel momento, había llegado a situarse debajo de la ventana donde acechaba Gordon. Pero Gordon no estaba allí para atravesarle impunemente el cráneo.

Bob no sabía que en aquel preciso instante debía la vida a Marta, y que Marta precisamente estaba a punto de morir. Sólo pensaba en cazar al hombre que había disparado contra él, el hombre que suponía nada menos que era Clark Malone.

En aquel instante lo vio. Su enemigo se había asomado imprudentemente, confiando tenerlo a tiro. Los tres hombres se entrevieron a cuatro pasos de distancia, y los dos se contorsionaron al mismo tiempo.

El amigo de Gordon no era un hábil pistolero. Era el típico traidorzuelo que sólo sabe matar por la espalda. Lanzó un alarido cuando vio la llama roja que brotaba del revolver de Bob. Aquella llama roja pareció penetrar en su garganta, en sus ojos. El alarido cesó instantáneamente.

Los disparos detuvieron el gesto de Gordon, que ya iba a apretar el gatillo contra Marta…

—¿Pero qué diablos?… —balbució.

Se inclinó sobre la ventana, dispuesto a disparar.

Marta comprendió que se trataba de Bob. Por su cerebro aquel pensamiento cruzó como un pinchazo: «si me estoy quieta morirá sin remedio».

Se abalanzó sobre Gordon con la maravillosa agilidad de su juventud. Gordon, que ya tenía encañonado a Bob, sintió que le desviaban el brazo cuando cerraba el dedo sobre el gatillo.

La bala solamente rozó a Bob Donovan, que miró instantáneamente hacia arriba. Pudo ver de una manera fugaz a Gordon que apartaba violentamente a Marta. En seguida escuchó un gemido de la muchacha.

Aquella visión fugaz le bastó para darse cuenta del peligro que había corrido. Adivinó lo que sucedía, y adivinó también que Marta acababa de salvarle la vida.

Sus facciones se desencajaron.

¡Tenía que llegar a aquella habitación antes de que la matasen a ella! ¡Tenía que salvarla también!

Dio un salto y penetró por la ventana inferior de la casa,

haciéndola astillas. Corrió hacia las escaleras con la velocidad de un lobo rabioso. Y de pronto, se detuvo con la respiración entrecortada, con la boca abierta en una mueca de angustia, con los ojos fuera de las órbitas.

Acababa de oír un disparo.

¡Un disparo en el piso superior! ¡Eso significaba que habían tirado contra Marta!

Una especie de furia homicida se apoderó de él. Subió los peldaños de cuatro en cuatro, mientras apretaba el revólver como un loco. Y de repente se detuvo como si le hubieran paralizado las piernas.

Gordon acababa de aparecer en el descansillo superior. Llevaba un revólver en la derecha, pero ésa no era su única defensa.

Además se protegía tras el cuerpo de Laura.

Sintiéndose acorralado, no había visto procedimiento mejor para huir. La mantenía férreamente apretada contra su pecho, mientras ella le insultaba con un lenguaje que hubiese hecho palidecer a un jefe de estibadores del puerto.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Maldito hijo de…!

La voz ronca de Gordon dominó aquella tanda de imprecaciones.

—Suelta el revólver, Donovan. ¡Suelta el revólver o la mato!

A Bob no debía importarle demasiado que la matase, pues imaginaba el papel que en todo aquello había tenido la mujer. Pero era incapaz de dejar que la asesinaran a sangre fría. Fue a soltar el revólver pensando solo en socorrer a Marta.

Pero en ese momento, Laura, con un violento esfuerzo se desasió del dogal de los brazos de Gordon. Llegó a bajar un peldaño, dos…

Gordon, rabiosamente, tiró contra ella.

Bob se dio cuenta, con horror, de que le había atravesado la cabeza cuando vio saltar hacia la pared, como reptiles ávidos, aquellas manchas de sangre.

El gatillo se le disparó solo, fue como un festival de muerte, como una orgía. Toda la carga del cilindro penetró en los ojos de Gordon. Las seis balas por el mismo sitio. Gordon cayó hacia atrás, mientras soltaba el revólver, y lanzó un alarido que quedó cortado bruscamente. Luego rodó escaleras abajo como un fardo. Bob tuvo que apartarse para que no le manchara de sangre.

Luego subió él. Le costaba respirar, y tenía la sensación que el

corazón había dejado de latirle. Llegó al piso superior y vio a Marta tendida en tierra. Se arrodilló junto a ella.

La muchacha tenía los ojos inmóviles. Pero los desvió un poco al verle, mientras trataba de sonreír.

—Me han dado, Bob… Y tengo que contarte muchas cosas… Yo…

—No hace falta. Lo adivino todo. Pero además podrás contármelo porque te pondrás bien.

—Tendrás que… encontrar el cadáver de mi padre…

—Lo encontraré, no tengas duda. Y aclararemos todo esto ante el juez.

Le acarició los cabellos. Quería que la muchacha no se cansara, mientras con mano febril le desabrochaba el vestido para examinar su herida.

—Yo quería… hacer lo que te dije una vez… —susurró Marta—. Dejar el Banco y comprar un rancho… donde viviríamos tú y yo.

—Viviremos, Marta. Viviremos los dos.

Lo dijo con convicción porque estaba seguro de que ella se sobrepondría a aquello. La bala le había atravesado el pecho, pero no podía ser mortal. La juventud de Marta lo vencería todo.

—Voy a llevarte abajo —susurró—. No hagas esfuerzos. Te llevaré hasta la casa del médico.

La levantó como si ella fuera una pluma. Empezó a descender las escaleras con la dulce carga de la joven en sus brazos.

Marta cerró los ojos para no ver a los dos muertos.

Bob la besó en la frente, en los párpados. La besó porque era la mujer soñada y porque sentía como si la llevara en brazos el día de su boda. Y porque aquello significaba el fin de una pesadilla y el nacimiento de la más hermosa aventura de sus vidas.

Lo malo era que se quedaría sin ver el océano Pacífico. ¡Y él, que al salir del rancho no había deseado otra cosa!

FIN